José Luis Rodríguez del Corral

Llámalo deseo

XXV Premio La Sonrisa vertical



Novela polifónica, estructurada en torno a cuatro personajes con visiones distintas del erotismo, *Llámalo deseo* narra de manera encadenada y progresiva el paso de una sexualidad íntima, regida por códigos muy personales, a un erotismo que sólo alcanza su plenitud cuando se comparte con el «Otro» o con los «Otros». Y lo hace con un lenguaje lleno de imágenes sugerentes y de resonancias eróticas. Mientras bucea, sumergido en las profundidades de una piscina pública, el tímido Héctor contempla con placer morboso los entrenamientos de Belén, una joven y atractiva nadadora que se prepara para unos campeonatos. Belén trabaja además como dependienta en una tienda de modas desde la que, a su vez, se ha aficionado a contemplar a los clientes que entran y salen de un sex–shop cercano. Entre ellos descubre un día al propio Héctor, y también a una solitaria y decidida mujer por la que empieza a sentir una irresistible y extraña atracción. Esa misteriosa mujer, Claudia, está casada, y mantiene unas relaciones muy particulares con su marido, víctima de un accidente que lo ha reducido prácticamente a la inmovilidad. Belén, impulsada por sus fantasmas, irá acercándose a los mundos de Héctor, por un lado, y de Claudia y su marido por el otro. Y traspasará los límites de lo privado para desatar los deseos «sumergidos» e inconfesados que, hasta ese momento, ninguno de ellos se había atrevido a mostrar abiertamente-



José Luis Rodríguez del Corral

Llámalo deseo

La sonrisa vertical - 121

ePub r2.0
ugesan64 27.09.14

Título original: *Llámalo deseo*
José Luis Rodríguez del Corral, 2003

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1



JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DEL CORRAL

llámalo deseo

Para Auxi, por su dulzura
A Juan Bonilla, por su conversación

1

Hay otros mundos, pero están bajo el agua. Sepultados donde nadie puede verlos, secretos y criminales tesoros hundidos donde no se puede respirar. En anegados sótanos de inconfesables fantasías, en submarinos rincones del alma; perlas negras segregadas, capa tras capa, entre las lastimadas valvas del corazón. Con gafas verdes de buzo, Héctor contempla desde el fondo de la piscina deslizarse los cuerpos de las nadadoras, que se desplazan gráciles como si volaran allá en lo alto, en ese fingido cielo que él no puede alcanzar. Abisal e ignorada criatura, bucea hasta que siente que le estallan los pulmones y aflora sigiloso a la superficie que no le pertenece para tomar una gran bocanada de aire y volver al fondo con armónicos movimientos, entre las ondulaciones de la luz submarina. La densidad del agua, su envoltura, le parece elemento más favorable a la vida que el aire, en ella su peso es más leve y lamenta sinceramente no ser anfibio ni tener aletas y agallas. Expatriado en la tierra, nostálgico de Atlántidas sumergidas, le vemos después en las duchas, rodeado de hombres desnudos que bromean. Vuelto de espaldas, rechonchas las piernas, el culo gordo, anchos los hombros, deja que corra el agua caliente por su nuca. Tan blanco que llama la atención, una blancura de lombriz, de ser al que raramente da la luz. Sin vello, salvo en los genitales, pudorosamente ocultos cara a la pared. Desde hace dos años sigue una dieta que le ha dejado en los noventa kilos y mide algo menos de un metro ochenta. Ahora cierra por fin el agua y se vuelve, los ojos claros, acuosos, desenfocados, que sólo cuando se ponga las gafas, tras secarse concienzudamente, adquirirán sentido, la barbilla huidiza en la papada, la nariz recta, la frente atirantada hasta el

comienzo del pelo pajizo y lacio. Los huevos extrañamente morenos bajo la picha blanca, arrugada. Podemos seguirlo por la calle, embutido en su chándal, con la mochila aún húmeda del vapor de los vestuarios colgándole del hombro. Caminando con grave lentitud, balanceando su peso de un pie a otro, la mirada fija en algún punto delante de él que evita toda distracción. Pasa todas las tardes, menos las del domingo, en la piscina. No sólo bucea, también se pasea con su albornoz, echa una hora en la pila de hidromasaje o entra en la sauna cuando cree que está vacía; porque le molestan las conversaciones en la oscuridad y los suspiros y las exclamaciones castizas y las risotadas. Vuelve a su casa andando, una caminata de media hora, antes de que se haga de noche, cuando ya oscurece y las golondrinas arañan el aire.

Vive solo en un pequeño apartamento, no muy lejos de la oficina de Correos donde trabaja clasificando paquetes. Metódico en el trabajo, donde se le aprecia por su silenciosa eficacia, es maniático en su hogar, donde nadie puede verle. No hay descuido ni suciedad en sus dos habitaciones, ni siquiera hay polvo en las numerosas estanterías repletas de libros, tebeos y revistas. Su mundo submarino (sin duda preferiría este adjetivo al de soterrado, que también podría emplearse), prolongado desde la piscina a su dormitorio, es silencioso, oscuro, iluminado por el fuego sin calor de la pantalla de un televisor junto al que reposa un vídeo de última generación. Único lujo de un hogar donde todo lo demás resulta anodino. Los libros, numerosos, son casi todos ediciones de bolsillo, novelas policiacas, libros de historia, poesía. Atesora una colección de cómics que quedó hace tiempo obsoleta, con formato de libro, en blanco y negro, ediciones de superhéroes de Marvel de los años setenta que acompañaron su niñez, entre las que destaca la colección completa de Namor, príncipe anfibio de la Atlántida, modelo infantil moreno y musculoso de este joven fofo y rubio. En la balda superior se amontonan horizontales muchos tebeos posteriores, ya en color, de superheroínas, mujeres de espectaculares curvas que se enfrentan en sensuales batallas. Wonder Woman, con los pechos a punto de romperle el ajustado traje, de pie con las piernas abiertas y los puños en las caderas. El lazo mágico con que obliga a la sumisión a quienes ata, enrollado a

la cintura. O Sheena, voluptuosa tarzana que domina las tribus de la selva y cuyo compañero es un tigre, volando de liana en liana mientras se burla de su derrotada rival, la oscura Mujer Pantera. O la adolescente Supergirl, tan *blondie*, subyugada por el collar de kriptonita con que la ha apresado su madura, maligna y morena enemiga. O Sonja la roja, o Vampirella y tantas otras. Sobre ellas, ya tan poco frecuentadas, como si a un estrato sucediera otro, marcando sus distintas edades, se apilan revistas de *bondage*. Mujeres atadas en incómodas posturas que se retuercen en su prisión de cuerdas o que miran resignadas a la cámara con una expresión de muda súplica. Medievales cadenas, sofisticados lazos de satén, arneses de cuero, grilletes, corsés, al aire libre o en oscuras mazmorras, en el doméstico sofá o sobre la mesa de la cocina, infinitas variaciones que espejean ilusorias, como en un calidoscopio, un único tema: el rencoroso sueño de la mujer sometida. Más arriba, tal si su imaginación pornográfica hubiera accedido a una económica simplificación, un tramo de la pared está cubierto por un panel de corcho en el que ha clavado con chinchetas montones de fotos de chicas dormidas o, por mejor decir, desmayadas. Las revistas de las que las recorta reposan descuidadas en la parte baja de la estantería. Es su última obsesión. Le excita contemplar esas hermosas mujeres abandonadas a la inconsciencia, singularmente distintas pero despojadas de toda personalidad, indefensas. Vestidas o desnudas, mostrando sólo el rostro (los párpados cerrados, relajada la comisura de los labios), o de cuerpo entero (sobre una alfombra, en la cama, en un prado, las piernas descuidadamente abiertas mostrando el sexo), sus enajenadas posturas le invitan al roce de los labios o los dedos, a sorber el frágil aliento, a acariciar, amasándolos, los pechos, a hurgar con absoluto dominio en el lugar recóndito, prohibido, un contacto imposible y sublimado en masturbaciones nocturnas y lentas. Es sábado por la noche. La lejana algarabía de músicas, bailes, risas, gritos, es un sordo rumor de resentimiento en sus oídos.

2

En las marquesinas de las paradas de autobús y en los propios autobuses, en las vallas publicitarias, vistiendo las cabinas de teléfono, en las portadas de las revistas, en la carátula de los discos, en los carteles de las paredes, en los calendarios, todos esos labios, pechos y nalgas diciendo «cómeme». Empacho de la gastada pero insaciable gula. Mamíferas ubres, hipertrofiados belfos, ancas redondas de grasa. Cifra, símbolo y bandera de todo lo deseable en esta podrida parte iluminada del mundo. Los colmillos del deseo pastoreando el rebaño de lascivas miradas, mordiendo en la ingle de los hombres y en el insensato orgullo carnal de las mujeres. Podría perseguiros en los bosques como Diana cazadora, abatiros con mis flechas envenenadas con sarcasmos, castraros atados como potros con las afiladas tijeras de mi inflexible lógica. Pero no lo haré, porque sois el más extraño de los animales, una fiera introvertida y confusa, no lo haré porque me pertenecéis y os pertenezco, no lo haré porque os amo. Sí, os amo y os detesto. Odio la pobreza de vuestras obsesiones, que sólo enriquece la enfermedad. Mutaciones terribles de la atrofiada imaginación; todo el poder de la fantasía esclavizado a una causa innoble y torpe. He espiado las apariencias con que soñáis, dormidos o despiertos. He explorado las figuraciones del torturado instinto, la obscena maleza de las almas, como si buscara setas de inapreciable sabor, frutas prohibidas, trufas que hozan los cerdos. Oh, yo sé lo que os excita, semejantes míos, por más que parezcáis de otra especie. Amo el brutal empuje que os arrebata en celo perpetuo, que todo lo arrastra para extinguirse al cabo en una pueril satisfacción, modesta Ítaca para tan exaltada Odisea. Entonces tenéis vuestro momento de paz,

que asociáis a la tristeza, y dura mucho menos en la mente que en el cuerpo. Cuán lejos os arrebata ese impulso que alienta vuestros logros más hermosos y las más inverosímiles de vuestras atrocidades. Os odio y os amo. Como odio y amo a vuestras víctimas, las mujeres, su dulzura, su impotencia, su mendicidad emocional, su seductora picardía, su abnegado valor. También a nosotras nos turban esos vientos, amigas, pero soplan de distintas latitudes. Ladera al sol o a la sombra de una montaña escindida. Qué egoísta satisfacción la de sentirse amada, el vértigo de la adicción sentimental. Qué severa la esclavitud de la belleza. Con los ojos bajos o desafiantes, modosas o descaradas, os amo y os aborrezco como sólo puede aborrecerse lo propio. Me sois propias y ajenas, y en el fondo no me inspiráis compasión. No eran vuestros pasos los que yo seguía por calles turbias, electrizadas por el fluido del deseo. Para saberos me bastaba yo misma. Quise ser como Tiresias y medir el placer y la furia de ambos sexos en la balanza de mi propio corazón. Era al cabo como la niña cochina que quiere ver la colita de su amigo, los dos jugando solos en algún escondite. Yo quería ver mucho más, mucho más adentro, aunque tuviera que abriros la cabeza con un escalpelo, sin saber aún si calmaría vuestra inquietud con una lobotomía o con un beso. ¿Me agradeceríais que extirpara vuestros fantasmas, o los necesitáis demasiado para sobrevivir sin ellos? ¿O quizás debería abrir un teatro para la representación de vuestras fantasías? Ese sería un buen trato, yo desnudaría mi cuerpo siempre que vosotros desnudarais vuestras almas. Os fui escogiendo uno a uno, acechando el abrevadero de vuestros ensueños, aunque no lo pretendía.

3

Es martes por la tarde y llueve como si no ocurriera ninguna otra cosa en el mundo. La ciudad, intimidada, se ha agazapado y su respiración se ha hecho más lenta, los coches circulan silenciosos iluminando las gruesas gotas que se desploman sobre los paraguas de los escasos transeúntes. Desde la puerta del Centro Deportivo, Héctor contempla el diluvio resignado a esperar a que escampe. La excitación que ha sentido en la piscina, más acusada que otras veces, convoca imágenes que atraviesan su mente como rachas de viento. Ahora que recuerda lo sucedido, aún le parece más espectacular y se relame anticipando las exaltadas ensoñaciones que puede proporcionarle. Esa tarde ha llegado una chica nueva a la que no había visto antes. De pelo corto y castaño, sobre el que se ajustó un gorro rojo que le enmarcaba la cara hermosa e irregular, con la nariz un poquito larga y ojos grandes de mirada abstraída y seria. Un bañador negro en el que cobraban modesto realce los pechos no abundantes pero suficientes, el culo alto y las piernas largas. La observó con atención, como a las otras, mientras saludaba a uno de los instructores. Le habían reservado una calle, algo poco común. Menos aún lo era el atuendo en el que el instructor la ayudó a embutirse, una funda de neopreno azul, cerrada por detrás con una cremallera, que la ceñía desde los hombros hasta las rodillas, inmovilizándole los brazos, pegados a los costados. Después se dio la vuelta entre los brazos del instructor hasta situarse en el borde y se lanzó de pie a la piscina. Héctor ya se había sumergido y contempló la fulgurante entrada en el agua, la flexión de las rodillas, la completa inmersión de la figura aprisionada, el grácil salto y el impulso en la pared para nadar de espaldas sin ayuda de

los inermes brazos, con los pies juntos y ondulaciones de todo el cuerpo. Desde abajo, buceando, persiguió su progresión de ninfa mientras se deslizaba en el agua, admirando su movimiento enérgico y cadencioso, que comenzaba en la punta de los pies, impulsándola hacia abajo, se elevaba en las rodillas, descendía avanzando en los muslos y las nalgas, y se elevaba de nuevo con los pechos y la cabeza para tomar aire antes de sumergirse y volver a comenzar. La acompañó desde el fondo largo tras largo, subiendo de vez en cuando a respirar. Jamás había visto nada parecido. Trajes de látex que inmovilizaban los brazos, sí, mujeres en una jaula de cuero pegada al cuerpo, fantasías groseras con algún destello ocasional de humor o *glamour* en el mejor de los casos. Nada tan sencillo, tan impensable, tan real como el entrenamiento de aquella sirena del *bondage*. Durante más de una hora, excitado y feliz, desde el fondo de la piscina o acodado en la pila de hidromasaje, no dejó de mirar cómo nadaba primero de espaldas, sumergiendo la cabeza en su vaivén, luego boca abajo, emergiendo la planta de los pies, el prodigioso culo, la cabeza, siempre con un ritmo poderoso y perfecto. Rememora esos momentos procurando que no se le olvide ningún detalle, mirando sin mirar el aguacero cuando una voz le sobresalta sacándolo de su ensimismamiento.

—Uf, cómo llueve, diluvia.

Es la nadadora, la chica del neopreno. Se ha detenido junto a él, bajo el dintel de la entrada, casi exhalando vapor después de la ducha, tonificada por el ejercicio, con la cara brillante y el pelo recogido en un gorro de lana. Sus palabras han sido tan espontáneas que Héctor le contesta sin pensarlo. De haberlo hecho, se hubiera quedado mudo.

—Una barbaridad. No se atreve uno ni con paraguas.

—Pues yo no me lo he traído. Pero tengo el coche aquí cerca.

Él quisiera decirle que la acompaña donde sea como si la llevara bajo palio, pero sólo acierta a mascullar algo ininteligible mientras le señala el paraguas. Ella sonríe ante la timidez del ofrecimiento.

—Nos hemos visto en la piscina, ¿no? Tú eres el que estaba buceando.

—Sí, y tú… —por fin reúne valor—, tú la que nada sin brazos.

—Sí, justamente eso —contesta mientras se echa a reír,

orgullosa de su fuerza—. Pertenezco a la Federación Andaluza de Natación y me estoy entrenando para los campeonatos. Y tú debes de practicar el submarinismo, porque hay que ver lo que aguantas. Siempre que metía la cabeza en el agua te veía por allí abajo, como si fueras anfibio.

—No lo soy, pero me gustaría. Yo no me entreno para nada. Me gusta más bucear que nadar… Ahora parece que llueve menos.

—¿Tú crees? Bueno, habrá que decidirse. ¿Tú salías ya? Yo tengo el coche aquí mismo. Me llamo Belén.

—Yo…, yo, Héctor. Claro, claro, vamos.

Sin creerse su buena estrella abre el paraguas aparatosamente y se juntan lo más posible para guarecerse bajo él y arrostrar la lluvia.

4

Aunque procuraban no hacer ruido, yo los oía desde mi cuarto. Vivíamos en un piso pequeño entonces, antes de que mi padre empezara a ganar fama y dinero, cuando ellos tenían más o menos la edad que tengo yo ahora. Oía los inarticulados jadeos, confundidos, tan mezclados que me parecían gañidos de un solo animal con dos cabezas. Me daba mucho miedo porque pensaba que, cuando salieran de su cuarto, mis padres se habrían convertido en monstruos. Otras veces, aquellos agónicos gemidos, los golpes del cabezal de la cama, los sonoros cachetes, me hacían creer que se estaban peleando y temía que uno de los dos matara al otro. Que él la matara a ella. Sin embargo, y aunque cada vez que ocurría esperaba lo peor, no pasaba nada, incluso estaban más sonrientes y cariñosos que de costumbre. Después dejé de oírlos, crecí, nos mudamos a una casa más grande, y ellos empezaron a distanciarse. También la riqueza puede hacer que el amor salte por la ventana. Yo era una niña rara, porque no me gustaban los juegos de niña, ni tampoco los de niño. Me pasaba los días sola, leyendo. La belleza de mi madre me cohibía, sabía que jamás sería tan hermosa, como sabía que, en cierto sentido fundamental, aun siendo entonces poco más que una niña, jamás sería tan infantil como ella, tan boba. Yo no jugaba a las muñecas porque ya tenía una en casa de tamaño natural, todo el día probándose trapos. «¿Me está bien?», me preguntaba mirándose el culo en el espejo, animándome constantemente a participar de su narcisismo como si este fuera algo connatural a la feminidad, el componente principal de la propia estima. Se enfadaba porque yo me mostraba reservada y torpe, incapaz de participar en el juego de la coquetería, por más

que me vistiera de princesa, como hacía en las fiestas de disfraces del colegio hasta que pude evitarlo. Me gustaba observarla, eso sí, me gustaba verla pintarse, y maldita la falta que le hacía pintarse entonces, cuando iban a salir a cenar o a bailar, con trajes cada vez más caros. Nunca se sentía tan feliz como cuando iba de compras. Insistía en llevarme e inevitablemente acabábamos discutiendo. Conforme fui haciéndome mayor empezaron a apetecerme cosas que sólo ella podría comprarme, que sólo ella sabría elegir. Entonces era yo la que le rogaba y ella accedía siempre refunfuñando, pero en cuanto bajaba a la calle y me tomaba del brazo se ponía inmediatamente de buen humor, se encontraba más cerca de mí de lo que nunca había estado. Claro está, no compartía mis gustos, y ensayaba sutilísimas estrategias para llevarme al terreno de los suyos. Fracasaba casi siempre, aunque de cuando en cuando me convencía y entonces, con las compras, los preparativos, las pruebas y, por fin, al contemplar acabada su obra, al verme como ella quería que fuera, se sentía completamente satisfecha. Eran raras esas veces, y ahora lo digo con pesar. Siempre se lamentaba de lo mucho que me parecía a mi padre. La asombraba mi capacidad para el estudio, creo que la desconcertaba que sacara notas tan extraordinarias y hubiera preferido que fueran buenas, pero no tanto. Con mucho hubiera preferido una muñequita que un coquito en casa. Pero lo que realmente la ponía fuera de juego, lo que la sumía en el estupor era mi dedicación al deporte. Practicaba la natación desde niña. Se me daba bien, destacaba, no por fuerte, por paciente. Cuando las demás abandonaban no era por fatiga, sino por aburrimiento. Yo sin embargo seguía y seguía como el conejito de los anuncios. Encontraba un ritmo, lo mantenía con precisión y lo repetía una vez y otra, largo tras largo, hasta que llegaba un momento que el reflejo automático de los músculos parecía relajar mi mente, despojándola de todo y haciéndome sentir extrañamente libre, muy lejos de la inseguridad, o la angustia, o el deseo. Lo mío eran las pruebas más largas, entrenaba con el equipo del Náutico y participaba en campeonatos. Mi madre, sin legitimidad para prohibirme ese ejercicio, decía que si continuaba de aquel modo iba a deformarme el cuerpo y contemplaba horrorizada mis espaldas. Afirmaba que tanta natación estaba

perjudicando mi desarrollo. «Pero mírate», me decía, «si no tienes pecho, si pareces una tabla». Con todo, me llegó la hora de sangrar y mis pechos fueron creciendo, no mucho, lo suficiente para que dejara de quejarse por eso. Al principio me resultaban raros, pero pronto me acostumbré a ellos y me los miraba satisfecha en el espejo. Me aficioné a acariciarlos. También eché culo. Alta, desgarbada, patosa, pero con buen tipo, con posibilidades. Eso decía ella, que yo tenía posibilidades, pero que no me daba a valer. No admitía otra noción de valor que la belleza femenina. Se convenció a sí misma de que con mi estatura y mi apariencia un tanto andrógina, tan de moda, yo podría ser modelo a poco que me refinara una pizca y aprendiera a caminar. Lo decía por decir, a sabiendas de que era imposible; más que nada, era un reproche, porque le impedía vivir a través de mí su propio sueño. Cuando íbamos juntas, los hombres la miraban a ella, no a mí. Eso la hacía sentirse bien consigo misma.

Mis padres se separaron al poco de yo comenzar la carrera y durante unos años viví escindida entre la casa familiar los fines de semana (un chalet en Santa Clara que mi madre conservaba), y el resto de los días en el apartamento que mi padre se procuró en el centro, en Mateos Gago, pago de un proyecto de remodelación de una casa antigua. Mi padre era un arquitecto muy bueno, cada vez más solicitado. Su creciente éxito le proporcionó una vida para la que mi madre no daba la talla, por más que se lo propusiera, víctima de la inmadurez de sus encantos. Tras muchos devaneos, ejercicio de una soltería recuperada en la madurez, que a veces tuve que soportar junto con su mirada de disculpa en la cocina por las mañanas (eran los mismos ruidos que oía cuando niña, los mismos cachetes), se lo acabó ligando una francesa que se lo llevó a París, dejándome dueña en usufructo del apartamento. Para entonces ya estaba en quinto. Escogí antropología, para decepción de mi padre, que abogaba por la arquitectura, haciéndose ilusiones tan falsas como las de mi madre con las pasarelas. No sólo él; todo el mundo pareció lamentar que escogiera una carrera que no exigía nota de corte, pudiendo matricularme en cualquier otra. Para mi madre, sencillamente confirmé sus peores pronósticos. A mí se me daban bien las ciencias, pero no me apasionaban; por el contrario, la

compleja diversidad de los seres humanos, sus variadísimas y contradictorias costumbres, me inspiraban el más vivo interés. El proceso de divorcio de mis padres seguramente puso de su parte para inclinarme hacia los estudios de género, fascinada por el enigma de las necesidades y desacuerdos de hombres y mujeres. Me vi, pues, de pronto, dueña de mi propio hogar, con las libertades y gastos que eso conllevaba. Pensé buscarme un trabajo por las tardes, y mi madre me encontró uno como dependienta en la tienda de una amiga suya, franquicia de una firma cara y conocida. La tienda hacía esquina con la entrada de un pasaje, y yo trabajaba en la planta de arriba, la de mujeres, donde un gran ventanal se asomaba al pasadizo sombrío. Allí abajo, justo enfrente, se encontraba la entrada de un sex–shop.

5

Héctor revive por enésima vez el momento en que avanzaban debajo del paraguas, ella tomándolo del brazo, riendo nerviosamente mientras el cielo se desplomaba como una cascada sobre los dos, las cabezas muy juntas, los rizos castaños acariciando su mejilla. Inspira hondo como si aún pudiera captar su olor, oye de nuevo sus grititos al meter el pie en un charco. Y después, cuando llegaron al coche, su invitación. «Venga, te llevo. No digas que no, si está diluviando. Vamos, sube al coche, sube». Y subió, se veía de nuevo sentado en el diminuto vehículo, el paraguas chorreando vertical entre las piernas flojas y en la cara una mirada de perro agradecido. Iban muy despacio, apenas se veía nada tras la cortina de lluvia. Parpadeaban esfumándose las luces de los semáforos, y él, tratando de seguir la conversación intrascendente, se licuaba también por dentro al mirarla, las mejillas húmedas, rojas, el pelo mojado, los ojos brillantes sobre la desafiante nariz, la palabra fácil como la risa, su limpia risa. No la ha vuelto a ver, aunque espera hacerlo pronto. En su interior luchan dos imágenes, la de la desconocida sirena de brazos aprisionados que se desliza por el agua, y la de la muchacha espontánea que lo ha tratado como si fuera un amigo, alguien cercano. Ambas revuelven sus genitales, su corazón, su cabeza, y se unen en una sola imagen: Belén a su lado, en la cama que es ahora una piscina azul, aprisionada en su traje de neopreno, inmovilizada, incapaz de otro movimiento que no sea serpentear, ondularse, los brazos sujetos a los costados, las blancas manos agitándose junto a las caderas, los muslos pegados y, entre ellos, en el ángulo más dulce, donde él reposa la cabeza sintiendo su calor en la mejilla, el coño guardado como en un estuche. Sueña

con el sabor del látex, fetiche de la piel, que lame y muerde, el vientre liso, tenso, los apretados pechos, que imagina grandes en la pantalla de sus ojos cerrados, aunque Belén los tiene pequeños. Pero sí es su rostro el que le sonríe bajo los rizos castaños, invitándolo a continuar, a excederse. Él entonces la vuelve y besa su delicada y fuerte espalda, muerde sin herir el cuello, los omoplatos libres del neopreno, baja las manos por la cintura acariciando con fuerza el esbelto talle, palmea la redonda prominencia del culo, amasa las nalgas bajo el fino caucho, se arroja sobre ellas febril, con un hambre voraz. Y no se detiene ahí, sino que continúa por los muslos, por las pantorrillas, hasta la planta de los pies, que lame con fruición. Finalmente tira de la cremallera, recorriendo todo su cuerpo, y la libera. Ella se despereza boca abajo con un maullido de gata, su piel brilla con un microscópico rocío de sudor, cruza los brazos y apoya en ellos una mejilla, se pone cómoda, abre las piernas, más descuidada que lasciva, levanta ligeramente el culo. Se le ve perfectamente el sexo abierto, refulgente como una joya. Vuelve la cara y lo mira con expresión de deseo. Entonces Héctor, ya no más que un vibrante músculo, siente que una corriente de puñetera delicia le revienta la polla y lo inunda de placer. Se corre sin la furia agónica de otras veces, con más dulzura, con más lentitud, se siente morir, disolverse. Cuando recupera el resuello, se le escapa una lágrima.

6

Los veía entrar y salir en mis momentos de descanso, cuando no había nadie y aprovechaba para encender un cigarrillo. Un metro por encima de sus cabezas, no reparaban en mi presencia, aunque a menudo miraban disimuladamente a uno y otro lado. Me pasaba las horas atendiendo en la boutique a orgullosas mujeres que iban a vestirse y espiando desde el ventanal a hombres avergonzados que iban a verlas desnudarse. Aquel movimiento, contradictorio en apariencia, estaba lleno de secretas correspondencias, como los polos que hacen girar una esfera. Yo quería trazar el eje que distanciaba y unía estrechamente ambas actitudes, tan ajenas la una como la otra para mí, pues no compartía, como he dicho, la afición a los trapos, y la vanidad enfermiza de muchas clientas me hacía verlas como a salvajes proveyéndose de plumas. Más extraña aún me resultaba la obsesión masculina, esa pulsión que arrastraba a muchachos y ancianos, a solitarios y padres de familia, hacia un lugar sórdido para alimentarse de imaginaciones cuya satisfacción era necesariamente pobre. Por entonces estaba hastiada de lecturas, desconfiaba de saberes que no pudiera validar por mi experiencia, aspiraba a un conocimiento que fuera descubriendo por mí misma, con todas mis equivocaciones y tanteos, que formara parte de mí, que me transformara. Me fijé en Héctor, aunque entonces no sospechaba que llegaría a saber su nombre, como en uno más de los asiduos al sex–shop, cuyos rostros y actitudes poco a poco se me iban haciendo familiares. Parecía aún más desvalido que los demás, más joven. Casi todavía un adolescente, torpón y escasamente atractivo, sin éxito con las chicas y adicto a la masturbación. Tenía entradas en el pelo rubio y cara de persona tímida y sensible. La

boutique era un lugar que privilegiaba la personalidad, falsa o verdadera, que favorecía el exhibicionismo, donde se entraba con total desinhibición, pisando fuerte. El sex–shop, por el contrario, era una frontera del anonimato. Los que entraban allí lo hacían sin nombre, a hurtadillas, puerta de acceso a un reino sumergido, oculto, poblado de descabelladas fantasías. Muchas veces acaricié la idea de averiguar quiénes eran, cuáles eran sus nombres, sus ocupaciones, sus afectos, si es que los tenían. Incluso pensé que podrían ser un buen asunto para un trabajo de campo acerca de los efectos perjudiciales o beneficiosos de la pornografía. Naturalmente, todo esto no eran más que ensoñaciones absurdas que nunca me propuse llevar a la práctica, hasta que una casualidad (aprobaron una norma en el Náutico por la que los hijos mayores de edad de los socios tenían que pagar también una cuota) me llevó a la piscina del Hispano. Iba por las mañanas. La tarde libre que disfrutaba entre semana la dedicaba a otras cosas, a ir a la biblioteca o a salir con Juanjo, un compañero de la facultad, con el que me acostaba de cuando en cuando. Sin embargo, se acercaban los campeonatos, sería la última vez que participaría, era ya demasiado mayor para competir y quería despedirme dignamente. Así que decidí entrenar también en esa única tarde.

Héctor me llamó la atención antes ya de reconocerle. Calentaba al borde del agua cuando lo vi, buceando como un cachalote que saliera a respirar de tarde en tarde. Una sombra blanca y movediza en el escaso fondo, cruzando bajo los que nadaban en la superficie, emergiendo en las calles libres para sumergirse otra vez sin nadar ni una braza. Mientras estiraba no le quité la vista de encima. Llevaba unas gafas verdes de buzo, que me impedían verle la cara, y aletas. Parecía un pez abisal condenado a las profundidades. Era una conducta extraña. Pero también la mía debía de serlo para él. Iba a competir en estilos, andaba algo floja en mariposa y el instructor me había recomendado entrenar embutida en una funda de neopreno para nadar con el cuerpo, sin ayuda de los brazos. Desde que me vio en el agua, empezó a seguirme por toda la piscina, una serie tras otra. Sólo lo veía por un momento cuando sumergía la cabeza, debajo de mí. Desaparecía de repente pero al poco volvía a verlo a un lado o al otro, con su grandes gafas verdes. Mantenía las

distancias, pero no dejaba de observarme. En las piscinas siempre hay hombres y muchachos embobados que miran nadar a las chicas, les gusta horrores mirarnos, y vuelven una y otra vez la vista hacia nosotras por más que disimulen. Este era un moscón de esos, pero el más tenaz y original de todos. Me desentendí de él para concentrarme en alcanzar el ritmo en el que el cuerpo avanza por automatismo e inercia, sin esfuerzo. Volví a verlo cuando empecé las series de espalda. Se habría cansado, o decidió cambiar de punto de vista, antes desde abajo, ahora desde arriba, porque estaba acodado en la pila de hidromasaje, elevada como un metro sobre la piscina. Pero no lo reconocí en ese momento, apenas veía su figura borrosa, sino luego, cuando acabé el entrenamiento. Seguía acodado en el mismo lugar, con las gafas verdes sobre el gorro de baño, la cara roja y una involuntaria y satisfecha sonrisa en los labios, mirándome, procurando que yo no me diera cuenta de que me miraba, como un perro mira a un hueso. Aquel rostro me resultaba familiar y le devolví una mirada tan intensa que se dio la vuelta y le faltó poco para echarse a silbar. No fue sino camino del vestuario, mientras sentía sus pupilas clavadas en mi culo, cuando me di cuenta de que era el chico que tan a menudo veía entrar en el sex–shop. Mientras me duchaba no dejaba de darle vueltas a aquella coincidencia, y me hice una idea, vaga aún, de por qué le había llamado tanto la atención. Parecía una señal, como si los hados me dijeran: «¿No sentías curiosidad?, pues ahí lo tienes, adelante». Cuando salí, me lo encontré en la puerta. Llovía a mares y me detuve a su lado. No lo dudé mucho y lo abordé. Por un momento fue patente su sorpresa, pero entró al trapo.

7

La ciudad se despereza más tarde que temprano, poco a poco la muchedumbre va ocupando unas calles y vaciando otras, siguiendo un ritmo tan oculto y exacto como la circulación de la sangre. Se llenan los bares con gente que desayuna sin prisas comentando lo que harán el fin de semana; en las barras se abren las páginas de los diarios, como enlutadas mariposas con las alas manchadas de grasa. Los titulares de la prensa deportiva enronquecen las gargantas de los machos adultos, que gastan su inagotable capital de bromas soeces y se mandan a chuparla y a mamar. Se prometen humillantes jodiendas para el domingo que viene, porque se la van a meter doblá, porque se van a dar bien, subrayado con el gesto horizontal del puño. Las niñas de las tiendas cercanas, sentadas juntas, todas con la misma espesa capa de maquillaje, cotorrean acerca del último suceso de los programas del corazón, muertas de risa y de curiosidad ante el vaivén de amores y cuernos y maternidades. ¿Viste el traje de la tal o la cual? ¡Qué espanto! Cremas faciales untan la conversación, colonias la perfuman. Aún no les duelen las piernas pero la agotadora jornada las espera. Qué buen ratito este antes de comenzar el trabajo, o recién comenzado, porque sería desesperante afrontar el curro sin más ni más. En otra mesa, tres amas de casa que han llevado a sus hijos al colegio alargan el tiempo antes de reincorporarse a la rueda de las tareas domésticas y juntan las cabezas en conciliábulo para comentar el drama sentimental de alguna conocida. Al lado una pareja, sentados el uno al lado de la otra, leen juntos el mismo periódico. Conmovedor testimonio de lo que puede la costumbre. Café y media tostada delante, silencioso entre sus compañeros de trabajo, Héctor constata

que su vida es una mierda, que todo lo que le rodea, que todo lo que tiene es sucio y huele mal. Esta mañana de viernes la soledad ha punzado el nervio anestesiado de su angustia. Se siente un sapo y aún más miserable sapo se siente por haber albergado, en el rincón más oculto de sus deseos, el sueño de que un beso lo transformaría en príncipe. Pero Belén no ha vuelto por el Hispano, y si lo hace lo verá tal cual es, tímido, feo, y si vuelve a dirigirle la palabra será por compasión, no por otra cosa. Jamás le daría un beso en los labios. Nada duele tanto como la esperanza y se maldice por haberla concebido. Mide en el reloj la desértica extensión de horas que ha de atravesar hasta que pueda refugiarse entre las cálidas paredes de su caparazón, cubiertas con fotografías de adolescentes anestesiadas, suspendidas entre la vida y la muerte, como él mismo, monarca absoluto de un reino de ultratumba en el que una mujer despierta, viva, no puede entrar. Sólo con Belén había soñado otra cosa, ella sí estaba despierta junto a él y lo miraba, no con espanto, sino con deseo. Tras la noche en que se masturbó imaginándola en su cama, ha evitado excitarse pensando en ella, expulsándola de sus pensamientos cuando delante del vídeo o con manoseadas revistas se dispone a entrar en su caverna de desnudas durmientes. Pero la imagen de ella lo persigue, su luz apaga cualquier otro brillo, el recuerdo de su risa deshace cualquier encantamiento. Por eso se maldice a sí mismo y la maldice. Le dan ganas de levantarse y gritar su dolor en medio de todos. Detener con un alarido las conversaciones, las risas, los silencios, paralizar el bar, la calle, la ciudad entera con un grito que estallara como una explosión. Mueve con la cucharilla su café, ya frío, y mira la tostada que no tiene fuerzas para llevarse a la boca.

8

Durante la semana siguiente a nuestro primer encuentro no pude tomarme ninguna tarde libre. Caducaba la temporada de invierno y estábamos preparando las rebajas. No vi a Héctor, aunque pensé en él a menudo. Me había dicho su nombre y que trabajaba en Correos. Parecía un buen chaval, tímido, raro, más solo que la una. Me miraba cuando íbamos en el coche hacia su casa con tal expresión de estupefacto agradecimiento que me pareció que era el primer contacto humano que tenía desde hacía mucho tiempo. No daba la impresión de ser capaz de hacerle daño a nadie, y sin embargo… Creía saber lo que le había atraído tanto de mí. No en el coche (cualquier mujer que se le hubiera acercado tanto le habría causado un profunda impresión), sino antes, en la piscina. Un día, tendría yo unos doce años, antes de que mi padre se fuera de casa, encontré en su biblioteca, disimulada en la carpeta donde guardaba sus dibujos, una revista de mujeres atadas. Aquello me hizo gracia, me pareció un juego ridículamente infantil, el modo en que los hombres finalmente acababan jugando a las muñecas, pero me dio un indicio de los profundos y pueriles misterios que guardaban los adultos. Las chicas no parecían angustiadas o aterrorizadas, sino que, al contrario, más bien se las veía relajadas, como ausentes. Tres de aquellas fotos debieron de impresionarme más, porque las recordaba entonces y aún las recuerdo. En una de ellas, de perfil, una novia con su traje blanco esperaba de pie, supongo que al novio, en una terraza frente al mar. La cola del vestido estaba envuelta y ceñida en torno a sus piernas, tenía las manos atadas a la espalda con su propio velo, y una cinta ancha y negra le tapaba la boca. Llevaba un título: *Luna de miel*. En otra se veía a una chica

rubia, de espaldas, en el claro de un bosque en que brillaba el sol, los brazos en alto maniatados a una rama, con una sencilla camiseta blanca, unos pantalones vaqueros enrollados en los tobillos y las bragas bajadas por encima de las rodillas, dejando ver el culo. Parecía que la habían abandonado allí, indefensa, ofrecida a lo primero que pasara, hombre o animal. En la última, una mujer hermosa y madura llevaba una especie de traje negro de látex que, ajustado como un guante, subía desde los pies, calzados con inverosímiles tacones de aguja, hasta el cuello, donde remataba una gorguerita blanca. El traje no tenía mangas y parecía manca de ambos brazos. Le habían colocado en la cabeza un gran lazo de los que se ponen en los regalos. Salvados los elementos decorativos, yo debía de tener un aspecto muy similar con la funda de entrenamiento. Por eso supe lo que Héctor veía en mí. Quizás también por eso no tuve miedo. Era él, ellos quienes tenían miedo. Un temor ancestral a la mujer, de ahí esa obsesión por las ataduras, por tenerlas dominadas, sujetas. En el juego o el mecanismo del sexo, los hombres ruegan o exigen y las mujeres niegan. Atadas, incapaces de ejercer su propia voluntad, nada pueden negar, tienen que consentirlo todo. ¡Qué sensación de voluptuosidad y de poder, no por ficticia menos estimulante! Ahí está lo que te endulza y te atormenta por las mañanas, lo que te condena a la desesperación y al éxtasis por las noches, todo tuyo. ¡Qué descanso para la torturada psique masculina! Y para la mujer, ¿llegaría un momento en que, harta de desacuerdos y torpezas, reposaría también su continua vigilancia en la entrega incondicional y completa: «Por Dios, que no tenga que pensar y que me amarren y me follen»? Yo era una párvula en el amor y no podía contestar a esas preguntas apenas formuladas que bullían en mi mente. Quería aprender y Héctor era una oportunidad, la posibilidad de una lección en el libro de enseñanzas de la vida, apenas entreabierto. No le tenía miedo, me inspiraba compasión, la ternura que puede sentirse por un monstruo desvalido. Con Juanjo era distinto, nos conocíamos desde primero y era tan considerado conmigo, yo procuraba ser tan amable con él, éramos tan buenos el uno con el otro que nuestra intermitente relación se traducía en una suerte de compañerismo sexual escasamente satisfactorio. Lo tomaba o lo dejaba según mi capricho

y él siempre estaba allí, tan correcto. Me aburría como me aburría yo misma. Estaba confusa con respecto a mis propios deseos, que no eran más que ansias vagas sin concreción alguna. Me dije que volvería a ver a Héctor, que entraría en su cueva, ya vería de qué modo. Por eso me ofrecí para trabajar el domingo (las rebajas comenzaban el lunes), a cambio de tener dos tardes libres la semana siguiente. Fue entonces cuando vi a Claudia por primera vez. No era la única ocasión en que había visto entrar a mujeres en el sex–shop, pero eran más bien muchachas acompañando a sus novios o grupitos de amigas que iban a reírse. Nunca una mujer sola de más de treinta años, bien vestida, atractiva incluso. ¿Qué buscaba allí una tarde de domingo? Parecía obvio que había escogido para su visita las horas más desapercibidas de la semana. Me quedé atónita, muerta de curiosidad. Estaba sola arriba, con la tarea prácticamente acabada, y mientras colocaba las últimas etiquetas a las prendas procuraba asomarme a cada poco al ventanal, decidida a observarla con más atención cuando saliera. No se demoró mucho. Rubia, alta, el pelo recogido en una cola de caballo, zapatos de medio tacón, falda por encima de las rodillas, un suéter color miel y abrigo largo y negro, quizás con algún año más de los treinta y tres o treinta y cuatro que le había echado antes. Llevaba un bolso ancho, beige, donde debía de ocultar lo que había adquirido en el sex–shop, fuera lo que fuese, y se puso inmediatamente unas gafas de sol que le ocultaban los ojos. No sé qué hubiera dado por saber quién era y lo que llevaba en el bolso. En cualquier caso, a juzgar por lo poco que había tardado, ella sabía lo que quería e iba a donde estuviera para conseguirlo, sin arredrarse.

9

La noche desnuda los afectos, te deja más solo si lo estás, te confina a tu refugio. Las horas del descanso son también las horas de la desesperación, y entre unas y otras se despliegan los mil matices del insomnio, con sus exaltaciones y quebrantos, su angustia, su estupor. Gruesos hilos de agua trenzan y destrenzan en los cristales el cabello de la lluvia. En el interior de las casas la imaginación también teje sus hilos en un manto de fantasías que destejen las manos de Penélope del sueño. Azul como las aguas del río del olvido, la televisión proyecta su pálida luz en la habitación en sombras. Héctor, bañado por la fluorescente emanación, tumbado en el sofá en camiseta y calzoncillos, a medias abúlico, a medias fascinado, contempla un vídeo con una mano distraída entre los muslos. En la pantalla una joven rubia, inequívocamente americana, está desvalida en su inconsciencia ante los abusos de su captora, una mujer morena, vestida de negro, malvada y misteriosa. En la mesa, abierto y vacío reposa el estuche de plástico de la cinta con su título: *Lesbian Chloroform*. Mas al tiempo que asiste a esa escena su imaginación divaga elaborando sus propias ensoñaciones y cierra los ojos para verlas mejor. Inventa una historia que contarse a sí mismo, un cuento para adultos que no pueden dormir. Él es delgado, moreno, con bigote, lleva una boina de pintor, es un pintor. Obsesionado por su joven y hermosa vecina, a la que espía, cuando ella entra o sale, desde su estudio lleno de grandes cuadros de mujeres desnudas. Pone en práctica un plan; oculto tras un pasamontañas, la asalta anestesiándola con cloroformo, luego la carga sobre su hombro doblada en dos como un fardo (el pelo largo cayendo como una cascada entre los laxos brazos, el culo en alto,

sujeta firmemente por los muslos), para llevarla sin esfuerzo hasta el estudio.

Abre los ojos. En el resplandor que ilumina la oscuridad de la habitación contempla un primer plano de los labios carnosos y entreabiertos de la joven bimbo, y los dedos con uñas pintadas de rojo que los separan, los acarician, los pellizcan, los unen formando un morrito donde la agresora hunde la lengua en una dulce violación anticipada. A horcajadas sobre su víctima, como una araña sobre su presa, se yergue sobre ella para contemplarla satisfecha con las manos en las caderas. Después se levanta y sale de plano lanzando un guiño a la cámara, que permanece fija sobre la joven con camisa blanca y falda tableada de colegiala, desmayada en un diván, ajena a cuanto ocurre. La polla es ahora un músculo tenso bajo su mano. Sigue mirando la pantalla, con la que alimenta sus particulares visiones, pues los gestos, acciones y escenas que allí suceden no son sino ruedas que transportan el vehículo de su fantasía. La morena vuelve abriendo y cerrando unas tijeras. Se ha quitado la ropa, quedándose con guantes negros por encima del codo, el pelo recogido en un moño, un corsé de cuero que muestra y eleva sus senos, sin bragas pero con liguero y medias negras que enmarcan su culo cremoso, blanco. Se exhibe orgullosa sobre tacones de aguja, y corta uno a uno los botones de la camisa de su víctima, dejando ver el sujetador inocente, que corta también con un chasquido de la tijera. Quedan al descubierto los pechos, admirablemente cónicos y firmes. Las enguantadas manos los acarician, los separan, los reúnen, toman ambos pezones entre el índice y el pulgar y los presionan, los estiran hasta dejarlos erguidos. Lo mismo hace él en su estudio de pintor con su anestesiada cautiva que, dormida en un diván mucho más hermoso y amplio que el de la película, respira dulcemente en el mejor de los sueños. Sí, debe desnudarla para verla bien, para escrutar todo lo que lleva oculto. Es el turno de la falda, que queda extendida a un lado y a otro del diván como una bandera rendida. Lleva panties, que la cromada tijera empieza a rasgar poco a poco por el centro, hacia abajo, donde ya aparecen las rosadas bragas, el frío metal

apoyando en ellas su parte roma sobre el poblado monte de Venus y el coño mientras corta fácilmente el nylon. Luego retira los dos pedazos lentamente, primero una pierna, luego la otra, mostrando los blancos muslos. Ya sólo la braguita viste el cuerpo abandonado y, con redomado placer asomando a su rostro, la estrecha incrustándola entre los labios vaginales que sobresalen y a los que da, golosa, dos lentos lametones. Besa amorosa la estrujada tela de la braguita que guarda el clítoris, palmea protectora el chochito aprisionado en el *wedgie*. La alisa de nuevo y la besa con veneración antes de arrastrarla con sumo deleite hasta los muslos, mostrando al descubierto el negro toisón de enmarañados pelos. La bella durmiente ya no tiene sobre sí más que jirones de ropa que sólo subrayan su forzada desnudez. Maravillada admira el dormido clítoris y los labios vaginales juntos, como un molletito sobre el que sopla suavemente y, no pudiendo contenerse, lo separa en la hendidura con la lengua, dejando entrever el rojo fruto. Enteramente una bruja, la morena, no satisfecha con eso, muestra ostensiblemente a la cámara su disgusto ante la espesa mata de pelo que cubre el pubis de su cautiva. Héctor asiente a la visible irrealidad de la pantalla y en su invisible proyección toma también las tijeras y corta los negros rizos hasta dejarlos en una suave pelusa. Tan suave que pone sobre ella los labios, la frente, las mejillas, con estremecimientos de gusto mientras aspira el aroma de la flor, más abajo. Se muerde los labios y cierra por un momento los ojos para apaciguar la polla, que le ha crecido impetuosa entre las manos hasta alcanzar su máxima longitud. Respira hondo y evita una eyaculación inmediata. Con los ojos cerrados se concentra más en su ficción. Se aleja hacia su caballete, toma el pincel. Pero no, no es eso lo que quiere. Va a pintarla a ella. Será su obra maestra. Empieza por los pies, y eso le provoca cosquillas que le arrancan movimientos reflejos, involuntarios. El pincel grueso para las plantas, el fino para los dedos, rayas de cebra en el empeine, con colores maravillosos que no se preocupa de detallar, ni podría hacerlo. Pinta dos sinuosas serpientes que suben hasta las rodillas, pone allí ojos como los que tienen en las alas los ángeles románicos, convierte los muslos en verdecidas ramas; el vientre, en un lago con la isla del ombligo en el centro. Se le empina desafiante la polla al

pensar en la delicada caricia con que los finos pelos del pincel hurgan en los húmedos labios, pequeños y grandes, y en la rosada abertura, recorriendo la suave carne de los pechos, despertando a los pezones, que se yerguen sobre las dulces y parejas lomas como niños oteando el horizonte. Oh, es un ogro que se come a los niños, pero no los mastica. Bajo el cuello le pone un collar de flores. ¡Y la cara! Con qué minucioso deleite la examina entregada al sueño, el pequeño silbido de la respiración, el leve estremecimiento de las aletas de la nariz; es la cara de Belén la que mira, y con cuánta delicadeza la pinta para dejarla insólitamente exótica y bella. Mucho más que la rubia de rostro vacío que en la pantalla, sin salir de su forzado letargo, se estremece y jadea ante las manipulaciones de la del corsé de cuero, que le come abiertamente el coño. También se estremece Héctor procurando prolongar la erección. La angustia y la vergüenza han quedado muy lejos. Ahora su obsesión lo domina, lo protege, y la excitación reemplaza cualquier otro sentimiento, su urgencia posterga cualquier preocupación, su osadía no conoce obstáculo alguno. La cámara enfoca el rostro de la durmiente, que no puede o no quiere despertar, los ojos firmemente cerrados mientras su cara se contrae y se corre en sueños. En ese momento está a punto de sucumbir, pero aguanta un poco más, un poco más, la película no ha concluido. Cambia la escena y ahora la rubia está por fin despierta pero atada a una silla. Amordazada con sus propias y rosadas bragas, sujetas por una tira de los panties anudada en la nuca. Contempla horrorizada, en una televisión situada frente a ella, este mismo vídeo en el que su cuerpo, abandonado a otra mujer, estalla en un orgasmo involuntario; su expresión ofendida y asustada contrasta con su mismo rostro en la pantalla, entregado al placer. Héctor se corre por fin, estiradas y tensas las piernas, con movimientos espasmódicos, los ojos apretados y la boca abierta en un grito que no sale de sus labios hasta que se contrae sobre sí mismo exhalando un quejido ronco. Lo empuja una grandiosa ola de alivio y bienestar que se retira lentamente tras estallar en la playa rociándola de blanca espuma. En el reflujo sigue viendo a Belén, pintada todavía. La ha devuelto a su casa, situándola donde puede verla a través de la ventana. La ha puesto delante de un espejo, donde cuando despierta se mira

asombrada. Jamás podía haberse imaginado tan bella. Examina cada dibujo, cada palmo de piel, extasiada, se vuelve hacia la ventana, lo ve. Ha puesto música y baila, baila para él, mueve lenta y dulcemente la fantástica geografía en que ha convertido su carne, deja la huella de carmín de un beso en el cristal de la ventana. Masturbarse ayuda a soportar la vida, a sobrellevar el tedio, inenarrable, a habitar la soledad, como esa música que casi te hace sentir que en tu cintura se han posado otras manos, sobre todo ayuda a dormir.

10

El martes tenía la primera tarde libre de las dos que me correspondían esa semana y me encaminé al Hispano dispuesta a nadar hasta cansarme. Sin una pauta de entrenamiento ni funda ni nada parecido. La competición era el siguiente domingo y me conformaba con no llegar la última. Lo que esperaba era ver a Héctor, aun sin saber lo que quería exactamente de él. Había ideado algo para establecer un contacto más íntimo y una mezcla de sentimientos oscilaba en mi ánimo; la sensación de dominio que me proporcionaba conocer su secreto me hacía sentirme como una manipuladora, la curiosidad por desvelarlo como una fisgona, incluso la simpatía que me inspiraba, tan tímido, tenía su base en que comprendía muy bien su desamparo emocional, aunque eso me llevaba a formularme incómodas preguntas acerca de mis propias carencias afectivas y sexuales. Héctor al menos paliaba, mal que bien, con la pornografía las segundas, pero aquello no era suficiente para mí, o era demasiado, como para cualquier mujer, quizás con la excepción de la que había visto el domingo. Pensé en ella durante todo el camino hacia el Hispano en medio de un viento bronco y desabrido. ¿Iría también otros domingos o era una visita ocasional, para adquirir algo que yo no llegaba a imaginar? Para el *popper*, que me habían dicho que vendían en esos establecimientos, estaba ya algo pasadita, además no daba en absoluto el tipo y me parecía inconcebible que entrara a comprar un consolador en un sitio público, aunque fuera la más viciosa de las hembras, cosa que tampoco parecía. Si alquilaba películas, por la razón que fuera, debía ir a devolverlas, como hacían los hombres que llegaban azorados, aferrando las cintas negras que se transparentaban en la

blanca bolsa de plástico. Ya en el vestuario, mientras me ponía el bañador, tomé dos decisiones: iría el domingo para saber si volvía por allí y, caso de hacerlo, entraría en el sex–shop tras ella. Me puse el gorro y salí al encuentro de Héctor. Pero no lo vi por ninguna parte. Escudriñé toda la piscina mientras me encaminaba hacia las duchas, pero no estaba allí, o no llegué a verlo. Así que, tras ducharme, me puse a calentar diciéndome que ya aparecería. Estiré metódicamente, el cuello, los brazos, la espalda, y cuando incliné el tronco para tocar el suelo con las manos supe dónde estaba, justo detrás de mí, mirándome. No lo vi, sentí su mirada. Me incorporé sin prisa y me volví para estirar las piernas apoyada en el bordillo de la pila de agua caliente, y allí estaba, acodado y con las gafas en la frente, como la vez anterior. Se sorprendió, y por un momento creí que iba a meterse debajo del agua; lo saludé con naturalidad porque en verdad me alegraba de volver a verlo, y él sonrió desarmado y masculló algunas palabras de reconocimiento. Hablamos un rato, de la lluvia del otro día, del viento, de la primavera, que comenzaba un tanto turbia, mientras yo seguía estirando con una pierna flexionada y la otra tensa, las manos sobre el borde húmedo al lado de su codo, mirándonos muy de cerca. Se le veía ansioso e inexperto, pero no era tonto y se expresaba bien aunque un tanto a trompicones. Pronto descubrimos que teníamos varias cosas en común, lo que no me sorprendió en lo más mínimo. Cuando acabé de estirar le pedí un favor: no estaba el instructor que me ayudaba en los entrenamientos, cosa que yo sabía de antemano, y necesitaba que alguien me cronometrara. Aceptó de inmediato, tan cohibido como fascinado. Le daba a sabiendas un pretexto para que me observara a su gusto, mas él, que no podía sospecharlo, sonrió con cierta cuquería antes de adoptar un aire responsable y examinar concienzudamente el cronómetro. Comencé a nadar consciente de que cada uno de mis movimientos era observado con lascivia y nadé con suma concentración, exhibiéndome, incrementando la velocidad vuelta tras vuelta hasta hacer la más rápida de todas en la última del 1500, con una progresión constante. La otra vez me había visto atada, ahora quería que me viera suelta. Cuando acabé, estaba entusiasmado. Decía que nunca había visto nadar tan bien y me repetía los tiempos que había hecho

cada cien metros. Me complacía la genuina admiración que leía en sus ojos, arrebolados por un deseo que su expresión no podía disimular. A mí no me gustaba, ni me gusta, exhibirme como esas mujeres que sólo se sienten bien consigo mismas cuando realzan sus atributos sexuales. No es que me diera vergüenza tener tetas y culo, sólo que no quería que eso fuera lo primero y más importante que mostrarle al mundo. Con Héctor, sin embargo, era distinto. Me divertía excitarlo, la pasión que provocaba en él me estimulaba como una fuente suplementaria de energía. Después nadé series de cuatrocientos metros variando de estilo, siempre con él bajo el agua haciéndome señales de ánimo, cronómetro en ristre. Tras cada serie me tomaba un descanso y charlábamos un poco antes de continuar. Aquel día decidí no llegar más lejos, y cuando me encontré fatigada le agradecí su ayuda y le insinué que, si no se había aburrido mucho, podíamos repetirlo el jueves siguiente. No se había aburrido nada, me dijo, había sido un placer. Lo creí.

11

Ha dejado de llover y el sol seca las baldeadas calles, brilla en las gotas prendidas de los aleros y en los colores de las fachadas, relucientes como si las acabaran de pintar. Héctor luce a su vez una sonrisa inconsciente bajo la mirada absorta. Como un tintineo de monedas en la hucha infantil, diminuto tesoro más valioso que los que guardan las cajas fuertes de los bancos, así suena el ilusionado repique de emociones que tañe en sus oídos, tarareo que asoma a sus labios como una canción sin letra ni música, embeleso no más, como arrullo de infante o ronroneo de gato. Belén apoyando la mano en su brazo mientras se acerca para decirle algo que él no llega a oír, en el bar del Hispano, el jueves después de la piscina, y luego el paseo por el río, ya echada la noche, con los neones de los bares de la calle Betis alargándose en el agua, llamas verdes, rojas, azules, frías, hasta la despedida en Reyes Católicos, con besos en las mejillas que no puede sino recordar a cámara lenta, los labios jugosos y frescos presionando su sedienta carne. Recuerdos de un solo día que cuenta y recuenta una y otra vez, avaro, en la alcancía de la memoria. Camina sin su habitual concentración, fijándose arrobado en detalles en los que nunca repara, el espejeo de las hojas de los árboles, la tibieza del aire tras la lluvia en el calor del sol, la luz como arrojada a cubos sobre las calles en las que las casas tienden su irregular escaque de sombras, la muchacha que se cruza con él y le corresponde con una sonrisa que encuentra seductora e inexplicable. Cuando uno le sonríe a la vida es muy fácil que la vida le sonría, otra cosa es que le coma la boca. Pero hasta para eso alberga insensatas esperanzas mientras camina hacia el sex–shop. Va a entregar películas. No sacará ninguna a no ser que encuentre

una muy especial, como para una celebración, algo increíblemente morboso y elegante para acompañar uno de los escasos momentos de felicidad que ha conocido en la vida. Héctor es virgen, por más que se masturbe con furor de iniciado. Nunca ha estado con una mujer. Mas cuando llega al obsceno y aislado recinto, donde también se habla en susurros, como en los lugares sagrados, y raramente se levanta la voz, tras hacer entrega de las siempre enojosas pruebas de su delito, se da una vuelta y no encuentra nada que le llame la atención en los anaqueles repletos de bestialismos, sodomías, sadismos, coprofagias y demás horrores cansinos de enumerar. Está demasiado contento para conformarse con el surtido habitual de sus obsesiones, y la atmósfera sofocada y chillona le resulta opresiva. Se va inmediatamente, sin pararse siquiera a ver las revistas. Belén lo ve de refilón, desde arriba, mientras espera a que una clienta salga del probador. Lleva, despreocupado, las manos en los bolsillos, pero ella no repara en ese detalle. Se pregunta si piensa en ella cuando está caliente y ve a esas mujeres suculentas de grandes pechos y nalgas, si también se excita entonces pensando en ella. Se imagina como una amazona expulsando a todas aquellas furcias a patadas. Como un gran viento, se imagina barriéndolas a todas con sus perifollos, zapatos de tacón, medias, ligueros, bragas de satén, estrictos corsés, gargantillas, collares de cuero o de perlas, todo revuelto en una nube de polvo que las arrastre muy lejos, donde su insano brillo no contamine la luz del sol. Barrerlas con un soplo como a un ejército de fantasmas. En ese momento la clienta, una morena entrada en años pero vivaracha y resultona, sale del probador, se contonea ante el espejo para ver cómo le queda la falda, se pone las manos en las caderas, yergue el torso, se contempla, ajena a todo, ajena a Belén, también reflejada en el espejo tras ella, y se dedica una sonrisa satisfecha y gatuna.

12

Ya dije que desde niña el sexo me pareció algo muy infantil, crecí mirando a los adultos como un adulto miraría los secretos y pueriles juegos a los que se entregan en su mundo ilusorio unos niños. Y del mismo modo que esa persona mayor no dudaría en participar en esos juegos, adoptando el tono adecuado a la simplicidad de los mismos, así quise yo participar en los combates del amor, más como una condescendiente observadora que como una creyente en la farsa. Por eso seduje a Héctor, casi sin querer al principio, tan sólo con acercarme a él. Un autista sexual, con su mundo propio sellado como un compartimento estanco, prisionero en su atávico delirio porque es lo único que presta a su vida una satisfacción tangible. Y de pronto una sirena lo llama desde el exterior de su burbuja, pero no para que salga, sino para entrar dentro con él. No me paré a pensar que podía hacerle daño, o si lo pensé deseché la idea empequeñeciéndola ante el bien que pensaba hacerle. Algo es mejor que nada, aunque también es cierto que algo es muy poco de mucho. Quizás incluso fuera virgen, tenía ese aspecto de muchacho que no acaba de hacerse hombre. Tampoco tenía yo mucha más experiencia. Había tenido varias parejas pero siempre había follado… deportivamente, por así decirlo, con más energía que pasión y sin que llegara nunca a satisfacerme del todo. Siempre con compañeros con los que me relacionaba en un pie de igualdad, sin oscuridades ni matices. A Héctor no lo veía como un igual, me consideraba superior a él en todos los aspectos. Quizás por eso no me importaba prestarle unas alas de cera y echarlo a volar. Era yo la que quería poseerlo, era una decisión mía, tomada sin su concurso, de la que él era beneficiario y víctima. Lo hacía por

morbo, por piedad, porque me gustaba su sonrisa y que se le iluminaran de aquel modo los ojos al mirarme. Porque confiaba en él, porque no le temía.

Organicé la semana para poder verlo el martes, pero el domingo se presentó en el campeonato en Piscinas Sevilla. Estaba sentado en la parte alta de las gradas, camuflado entre las familias de las nadadoras, todas más jóvenes que yo. Lo vi por casualidad, cuando buscaba a mi madre entre el público. Me había prometido que acudiría, pero no lo hizo; detestaba aquel ambiente. Tampoco Juanjo había acudido, de acampada en alguna parte. No había nadie allí a quien conociera, así que me alegró encontrarme con su cara aniñada y seria entre el anonimato de la gente y lo sorprendí con un saludo, al que respondió algo cortado, agitando la mano. Seguramente no esperaba o no quería que percibiera su presencia. Quedé sexta de ocho, una no muy digna conclusión para mi carrera deportiva, pero hice mejor tiempo que en los entrenamientos, cosa que Héctor no dejó de decirme para darme ánimos, aunque yo no los necesitaba. Estaba algo melancólica, pero no por haber perdido, no competía para ganar, sino porque acababa un periodo de mi vida sin que supiera muy bien qué vendría en adelante. Además, me encontraba molida, hacía un día espléndido y lo único que quería era tumbarme en la hierba. Héctor, que me había esperado a la salida prodigando palabras de consuelo, se quedó rígido como un muñeco mecánico cuando lo tomé del brazo y le dije que nos marcháramos al parque. Fuimos al Alamillo y nos echamos en una ladera solitaria y verde en la que habían aparecido ya algunas margaritas. La primavera, que había llegado extrañamente lluviosa y fría, empezaba a parecerse a sí misma y apetecía estar al sol y mirar las juguetonas metamorfosis de las nubes en el cielo. Las contemplé largo rato, sintiendo una gran paz, mientras oía la respiración inquieta de Héctor a mi lado. Él sí estaba nervioso, podía seguir el hilo de sus pensamientos, acuciado por el deseo y paralizado por la indecisión. Me volví hacia él, tenía en la cara una expresión tan ansiosa y rendida que no pude por menos que ponerle una mano en la mejilla, que se ruborizó al instante. Flameó en sus

ojos un destello vehemente seguido de una expresión de completa sorpresa cuando levanté el jersey azul de hilo que llevaba puesto y le mostré que no llevaba sujetador. Después, sin decir una palabra, tomé su cabeza y lo atraje lentamente hasta hundir su cara entre mis tetas. Lo cubrí con el jersey y cerré los ojos para sentir mejor el delicioso tacto que sus mejillas despertaban en ellas y la suave veneración con que sus labios besaban mis pezones. Sólo el sol asistía sonriente a la escena. Había pegado su cuerpo contra el mío, y entre mis muslos, cubiertos por los vaqueros, notaba perfectamente cómo le crecía la polla. La risa no demasiado lejana de unos niños me hizo sacarlo de debajo del jersey y apartarlo un poco. Estaba aturdido y me eché a reír al ver la expresión de su cara enrojecida mientras le revolvía el pelo espeso y rubio. Aquello era lo mejor que le había pasado en la vida, me dijo, con un tono tan ingenuo que no pude evitar darle un beso en la boca. Se pegó contra mí, estrujándome con sus brazos de oso. Olía levemente a sudor recién segregado, que no me desagradaba, y a algo más, el olor más intenso e inconfundible del sexo. Nos besamos largo rato y fui yo la que le metió la lengua en la boca, imperiosa y honda, para sentirlo culebrear de placer, refregándose conmigo, cada vez más excitado. Lo separé poco a poco y recorrí la línea de sus labios con mi dedo corazón, como si los sellara. Después, para no continuar inflamándolo, le propuse que diéramos un paseo. Dudó un momento, no deseaba moverse, pero se levantó cuando yo lo hice. Su erección, visible bajo los pantalones, se le fue deshinchando al caminar. Tímidamente me cogió de la mano. Pasamos el resto de la mañana dando vueltas por el parque y hablando de todo menos de lo que acababa de ocurrir entre nosotros. El sol picaba ya un poco cuando le mentí, excusándome con que tenía que ir a comer a casa. No le había dicho que vivía sola ni que mis padres estuvieran separados ni, desde luego, dónde trabajaba, y en realidad no sabía de mí más que mi nombre. Creí que le decepcionaría pero pareció aliviado. Tampoco él quería prolongar aquella situación ni precipitarse. Quedamos para el martes siguiente, en la piscina. Pasé nerviosa el resto del día, sola en casa. Me había excitado el contacto con Héctor. Si hubiera tenido costumbre de masturbarme me habría masturbado, como supuse que estaría haciendo él quizás en aquel

mismo instante. Incapaz de estudiar ni leer, recordé la promesa que me había hecho de acudir al sex–shop por si veía a la misteriosa mujer del pasado domingo. Como poco, me daría el aire, así que me eché a la calle con una novela de Marguerite Duras que estaba leyendo, dispuesta a pasar el resto de la tarde en un bar desde el que se veía la entrada al pasaje.

13

Claudia se echa una última mirada en el espejo del vestidor antes de decidirse por una blusa beige en vez de azul. Oye desde allí a Luis aporreando su máquina de escribir en el estudio. Le gusta ese ruido más que la música. Es un signo de vida, una muestra de que se interesa por algo, aunque lo que escriba no tenga más objeto que compadecerse de sí mismo. Cualquier cosa le parece preferible a la vida vegetativa en que cayó después del accidente, sin hablar, sin leer, sin ver siquiera la televisión, hundido en su miseria como si pensara dejarse morir en vida. Una sombra de tristeza y temor le contrae el rostro mientras se mira de nuevo en el espejo cerrando con dificultad la cremallera de la falda. Es una buena señal. Ha salido del estado de enferma delgadez con que pagó su cuota al sufrimiento. Como quien auxilia a alguien que se ahoga, ellos no tenían otra opción que salvarse o perecer juntos. Ahora las cosas irán a mejor, se dice con fe, poco a poco, pero a mejor. Y todo por aquella llamada de hacía ya más de un año, poco después de que Luis se estrellara en la moto contra un camión, derrapando bajo las ruedas en un intento de evitar el choque, quién sabe cuántas toneladas aplastando sus tobillos, sus pies, en un amasijo de hierro y carne.

Era una voz de hombre, severa y un tanto cortada al advertir que respondía una voz de mujer. Preguntó por Luis y, al decirle que no podía ponerse pero que le dejara el recado, tras una vacilación dijo que llamaba de un videoclub. Dos películas retiradas hacía cinco semanas no habían sido devueltas. El señor que llamaba reclamaba su devolución de inmediato, había transcurrido tiempo más que suficiente y desde luego habría que abonar el suplemento

diario por la demora. Claudia estuvo en un tris de mandarlo a la mierda. En la situación en la que estaban y aquel imbécil planteando exigencias, pero le intrigó que Luis tuviera alquiladas películas, si es que era Luis. Debía de tratarse de un error, dijo en tono seco. La voz, con enfado ostensible, replicó que no había equivocación posible y dio el nombre y apellidos de su marido y su número de carnet de identidad. Añadió, incapaz de contenerse, que llamaba de un sex–shop. Hubiera sido fácil para Claudia devolverle el golpe haciéndole ver la crueldad de su llamada, pero era demasiado orgullosa para revelar a aquel miserable nada de su vida. Su tono raspaba cuando le dijo que le devolvería sus vídeos en unos cuantos días y que no se le ocurriera volver a llamar a su casa. Colgó acto seguido sin dar posibilidad a una respuesta. Mas esa seguridad se esfumó cuando se puso a pensar en cómo afrontaría aquello. No tenía muchas opciones, podía decirle a Luis que habían llamado del sex–shop y que le diera las películas, que ella las devolvería sin ningún problema. Pero eso le humillaría, y bastante disminuido estaba, para exponerlo a tan íntima vergüenza. Sin decidirse, fue a su cuarto, se acercó a él, mudo frente a la ventana, le acarició el pelo… y no le salieron las palabras. También podía pagar las películas, comprarlas, ya que estaban alquiladas. Eso era lo más sencillo, pero había colgado tan abruptamente que no sabía el nombre del sex–shop ni su dirección. Durante todo el día estuvo dándole vueltas, pero más que aquellas consideraciones prácticas, la intrigaba aquella secreta afición de su marido y lo que podría significar en su actual situación. Ya no tenían vida sexual, aunque Luis no tenía ningún problema al respecto, sólo le habían amputado los pies. Recordó la ocasión en que a la vuelta de un viaje él le trajo de regalo un corsé de no demasiado buen gusto. La ofendió aquella prenda y no se la puso nunca. Hasta estuvo enfadada con él varios días. Follaban, desde luego, y él era tierno y atento con ella, le besaba la espalda, la masturbaba con la mano después de correrse él, por eso no comprendía que quisiera vestirla de puta. Quizás a partir de ese incidente, que relegó pronto al olvido, empezaron a distanciarse. Llevaban ya tres años de casados y se peleaban con frecuencia y se reconciliaban con pasión, pero más allá de aquel estallido, y a pesar del cariño que se profesaban, acababan ambos

decepcionados. Él le pedía cosas que no le gustaban y que la hacían sentirse incomoda, inhibiéndola. Ella esperaba muestras de afecto que a él ni se le pasaban por la cabeza. Se abrió entre ellos un foso que salvaban porque, al cabo, una fuerza superior a sus mezquindades los arrojaba al uno en brazos del otro. Quizás esa atracción, a veces satisfecha pero a menudo frustrada, se hubiera desvanecido con el tiempo, incapaz de colmar deseos que sólo se confesaban como sarcasmos o reproches. Pero el accidente lo trastocó todo, anonadándolos en el sufrimiento. Verlo tan desvalido la conmovió como no podría haberlo hecho ninguna otra cosa en el mundo. Luis procuraba guardarse para sí su dolor, encubriendo una desesperación que sólo el cariño de Claudia mitigaba. Apenas si hablaban, y se comunicaban por un lenguaje de leves caricias y gestos de consuelo. No parecía que fueran a volver a follar en lo que les restaba de vida, y eso, que apenas le hubiera importado antes, ahora le dolía como un cuchillo en las entrañas. Él la animaba a salir, a entretenerse, dándole a entender que podía hacer lo que quisiera, que no se lo reprocharía, consiguiendo tan sólo una dulce sonrisa. Por la noche, después de pasar el día inquieta tras aquella llamada, esperó en vano a que él fuera al dormitorio a acostarse junto a ella, ya muy tarde. Los más de los días se deslizaba desde la silla al diván del estudio y se quedaba allí inmóvil, en la oscuridad, con los ojos abiertos. No se atrevió a ir junto a él y pedirle que le contara qué veía en aquellas películas y si aún las veía. Sabía que no podría arrancarle una palabra. Al día siguiente, como todas las mañanas, lo sacó del estudio y lo llevó a la terraza para que tomara el sol un rato. Después buscó en la biblioteca hasta encontrar el escondrijo donde estaban olvidadas las cintas, envueltas en una bolsa barata de plástico. Felizmente, una de ellas llevaba una ficha rosa con la dirección del sex–shop.

Aquella misma tarde se encaminó hacia allá decidida, aunque con un leve sentimiento de vergüenza que escondía detrás de unas gafas oscuras. Le sorprendió el sitio, tan céntrico pero tan discreto, casi invisible en el pasaje entre calles comerciales. Entró rápido y sin quitarse las gafas. Casi no importaba, porque el local estaba

brillantemente iluminado para desterrar toda sombra de pudor en la exhibición de los productos: cientos de vídeos puestos de cara en cromadas estanterías, con chillonas portadas que no quiso mirar para volverse hacia el mostrador, donde un hombre medio calvo, con nariz chata y labios grandes, la recibió sin aparentar sorpresa pero con un destello inocultable de curiosidad en los ojos rasgados. Le entregó la bolsa con las cintas y le preguntó cuánto le debía. Eso sí lo sorprendió, hasta lanzó una exclamación y parecía que iba a decir algo, ella no supo adivinar si una disculpa o una grosería, pero optó por callarse y tras consultar la ficha manifestó con tono neutro que veinticuatro euros, debido al recargo acumulado. Pagó diligente y volvió a sorprenderlo, porque en vez de darse la vuelta y salir pitando, que es lo que pensaba que haría, le preguntó sin titubeos si tenía más de aquellas. Esta vez no disimuló el asombro ni la expresión de sorna que asomó a su cara, a lo que ella contestó quitándose las gafas y dejándole ver una mirada de dolor y determinación que lo frenó en seco y hasta lo echó un poco para atrás, como si hubiera recibido un golpe. Señaló un pasillo, añadiendo que al final, en los estantes de la derecha, encontraría lo que buscaba. No le sorprendió que a su marido le gustasen películas en las que sólo salían mujeres, aunque sí algo sus actitudes, unas poniendo cara de crueles con botas, fusta y corsé, otras con mirada de cordero y el culo en pompa, o suspendidas en el aire por tensas cuerdas, o arrodilladas en una jaula. Casi todas las portadas, con mayor o menor grosería, transparentaban un aire, más que de juego, de ceremonia, la representación de un rito que conjuraba informes apetitos de violencia y sumisión. No se escandalizó ni se sintió celosa o postergada. Por absurdas que fuesen, aquellas fantasías habían excitado antes a Luis y quizás pudieran volver a hacerlo, eso era lo que deseaba fervientemente. Intuía que resultaría poco cuanto ella pudiera ofrecerle, precisamente por ser real, por pertenecer a la vida de la que se sentía excluido, mutilado, y confiaba, con más sentimiento que lógica, que encontraría en aquel reducto imaginario al menos las ganas de empalmar y, con ellas, quizás también las de vivir. Tomó las dos cintas en las que las chicas le parecían más guapas y se las alquiló al desconcertado dueño del negocio. Las dejó en el estudio, al lado del vídeo, no

demasiado a la vista pero donde no tuviera más remedio que verlas cuando, como todas las noches, se encerrara a leer o, más bien, a masticar su desesperación. Luego se acostó, pendiente de cada ruido, temerosa de haber dado un paso en falso. Pasaron las horas sin que ocurriera nada y se quedó dormida. Despertó de pronto, Luis estaba a su lado, mirándola en la penumbra. Le acarició el pelo y le dijo, como si hablara para sí mismo, como si ella aún durmiera, que era mejor de lo que él creía, mucho mejor, y le dio en los labios un beso de verdad, el beso de un amante, no el de un hombre disminuido. Lo atrajo a la cama como una leona arrastra su presa a una cueva.

Recuerda aquella noche sin verse, aún reflejada en el espejo, con la blusa abandonada a medio poner y las manos bajando por las caderas. Con los ojos cerrados rememora cuántas cosas le dijo, las que ella más quería oír, que la admiraba, que la quería, mientras la dura carne del amor le entraba dentro, bien dentro. Desde aquel día, había ido a alquilar vídeos todos los domingos. Al principio ella no veía las películas, pero lo esperaba, una o dos noches por semana en la oscuridad del cuarto, segura de que vendría. La proximidad física, la intimidad sexual llenó como un fluido el vacío que había entre ellos; los gestos, por la mañana o en el cuarto de baño, no eran sólo de consuelo, las palabras fluían más libremente a sus labios, dejó de resultar raro escuchar una risa. Después empezó a ver las cintas con él, o más bien a acompañarlo, porque se ponía entre sus piernas y le chupaba la polla sin ningún recato, perdido todo felizmente, hasta que él la apartaba tirándole del pelo para no correrse tan pronto. Entonces descansaba la cabeza en su cadera, con el pene erecto exhalando su perfume al lado de su mejilla, y miraba la pantalla, en la que una pérfida vampiresa echaba cera desde una gruesa vela roja en los pechos, el vientre y el depilado monte de Venus de una angelical jovencita, y siempre le decía lo mismo, mirándolo desde abajo, acariciándole los huevos: «Hazme eso a mí. Házmelo a mí». Y lo decía de veras. Es domingo y se mira en la luna del vestidor, sintiéndose hermosa. Tras abotonarse la blusa se cuelga el bolso y antes de salir a la calle pasa un momento por el estudio para darle un beso.

14

Llevaba ya dos cafés, tomados sorbo a sorbo para alargarlos lo más posible, cuando la vi doblar la esquina del pasaje y entrar en el sex–shop, más alta y guapa de lo que me había parecido la otra vez. Dudé por un momento, avergonzada por espiarla o por imitarla quizás, pero mi curiosidad era más poderosa que cualquier escrúpulo. Me demoré lo justo para pagarle al camarero y entré tras ella. No estaba a la vista. La tienda, sobreiluminada, parecía vacía salvo por un hombre calvo que me miró con asombro desde detrás del mostrador y al cual, curiosamente, nunca había visto entrar o salir. Debía de pasarse allí la vida. No le presté la menor atención y seguí adelante. Era todo como lo esperaba. Mesas con algunos objetos, falos, esposas de plástico, ropa interior de mal gusto y muchos vídeos en góndolas funcionales que podían estar en cualquier parte y guardar cualquier otra mercancía. Tías con las tetas como balones refregándose unas con otras, acompañadas de algún negro con la picha como la trompa de un elefante, y mamadas, muchas mamadas. Al final, a la izquierda se abría un corredor con rojas luces de neón derramadas sobre las negras puertas de las cabinas de vídeo. Parecía un trozo de irrealidad traído de Las Vegas o algún sitio así. El no–lugar por excelencia. Las cabinas estaban abiertas y se veía su interior, todo naranja, incluido el sillón donde los hombres se sentaban en la oscuridad, acariciándose los genitales. Las pantallas parpadeaban blancas, inactivas. Al otro lado, un expositor doble enfrentaba una de sus caras a las estanterías de la pared, dividiendo el local y formando un pasillo que lo recorría por completo. Si en la parte central se exponía la pornografía más común, en la trasera se hallaban las

cosas más raras o vergonzantes, agrupadas además por especialidades. A la izquierda, una nutrida representación de mocetones gozosamente entregados a la lujuria de musculosos moteros con bigote. A la derecha, unas criaturas con cuerpo de mujer y polla entre las piernas. Más allá cópulas bestiales, con burros, con perros, con caballos, hasta con un macho cabrío, y no faltaba una Leda que, en una granja, se follaba un pato a falta de cisne. No había hombres jodiendo con burras, perras o gallinas. Pero sí figuraban como los principales beneficiarios de la sección lluvia dorada y de platos con mierda servidos como un festín. Recorrí lentamente el pasillo a medias entretenida y a medias asqueada, y al doblar la esquina la vi, de espaldas, desaparecer por la otra parte. La casualidad había hecho que no nos encontráramos de cara, aunque estábamos separadas tan sólo por el expositor que me ocultaba y podía verla a través de sus rendijas. «Me llevo estas», dijo con voz modulada, grave. Después se fue y me quedé tratando de adivinar qué tipo de cosas le interesaban. De seguro no serían las embarazadas cometiendo actos contra natura, ni probablemente las luchadoras revolcándose en el barro. Con los hombres esclavizados por arrogantes amazonas había más posibilidades. Fantaseé imaginándola una de esas dóminas que cobran sustanciosas sumas por patear a funcionarios y hombres de negocios necesitados de una buena corrección. Una Némesis de nuestro sexo. Tal vez buscaba en esos vídeos nuevas formas de tormento con que satisfacer a su clientela. Todo parecía factible e inverosímil. En otras baldas, esos juegos se practicaban sólo entre mujeres, con numerosos arreos de cuero, ligueros y corsés, collares de perro, o debería decir de perra, anillas en los pezones, pubis depilados, consoladores dobles, paletas, cañas y fustas. Imágenes recurrentes en las carátulas de títulos como *Lesbian Dungeon* o *The Training of Anita*. Fue allí donde el tendero del sexo, aparecido repentinamente, depositó dos cintas que, supuse al instante, eran las mismas que ella había devuelto esa semana. Las mismas que debía de llevar en el bolso cuando la vi por primera vez, el domingo anterior. El calvo desapareció tras dedicarme una sospechosa mirada y las tomé con curiosidad, parecidas a las otras pero de más empaque; las actrices, o como haya que llamarlas, más jóvenes y guapas, los fetiches de mejor

gusto, las humillaciones más exquisitas, una sublimación más completa para el nudo de agresión y placer tan nítidamente masculino. No, no podían ser para ella. Iba por encargo. Obligada por la tiranía del amor o consentida en la complicidad del vicio. Al cabo lo que hacía, tan enigmática, tan aparentemente segura, era llevar ella misma a su amante otras mujeres. Que fueran imaginarias no afectaba a lo esencial; estaba subordinada a la prepotencia masculina en sus estratos emocionales más íntimos. Eso pensé entonces con cierto desprecio, cuyo hielo no apagó sin embargo la instintiva admiración que desde el primer momento había sentido hacia ella. No la conocía pero me gustaba, me intrigaba, y ahora que había empezado a adivinar sus secretos quería confirmar mis sospechas. ¿Cómo sería el hombre por el que se humillaba de ese modo? Probablemente guapo, no le pegaba un hombre feo. De seguro, chulo. O quizás un suave que la subyugaba sin forzarla pero hasta el punto de hacerla olvidar algo tan importante para las mujeres como la necesidad de exclusiva atención. ¿O no era eso, por ejemplo, una de las cosas que más me gustaban de Héctor, que me adorara? Me fui lamentando no tener vídeo para alquilar alguna de las dos cintas y saber, finalmente, lo que le hacía la burlona pelirroja a la amordazada rubia de hermosos pechos.

Salí mareada por el impacto de todas aquellas imágenes y antes de darme cuenta me encontré frente a ella, parada ante el escaparate de nuestra tienda, contemplando un conjunto negro de chaqueta y pantalón que era yo la encargada de vender en la planta de arriba. Casi lancé una exclamación y me miró por un momento, al pasar a su lado, con expresión que me pareció extraña, inquisitiva. Pensé que me había visto salir del sex–shop. Me alejé sin volver la cabeza, un tanto turbada, con la sensación de tener su mirada clavada en la espalda. De esa forma inesperada logré, después de todo, lo que confusamente me había propuesto al seguirla, establecer un reconocimiento; un vínculo, por delgado que fuese. Aquella noche sí me masturbé, sin pensar en nada ni en nadie, para descargar mi excitación, como una gata vuelta hacia sí misma en un ronroneo.

15

Cuando piensa en Belén a Héctor le sudan las manos. Ella quiere acostarse con él, está claro, y eso le da miedo. Estuvo a punto de hacerlo en dos ocasiones, con una compañera del trabajo y con una amiga del instituto, pero con ninguna pudo. Ellas se quedaron esperando, él se cortó; todo acabó entre excusas, de manera torpe. La polla, que se le hincha considerablemente cuando piensa en sus fantasías, permanece con la cabeza baja cuando se enfrenta a la realidad. No ha tenido desde entonces más oportunidades, ni las ha buscado. Pero Belén es distinta, es guapa (al contrario que las otras, que eran, como él, más gruesas que delgadas, más acomplejadas que seguras), es espontánea, directa, hace que todo parezca sencillo. Cuando recuerda cómo le cubrió la cabeza con el suéter dejándole la cara entre las tetas, empalma sin ninguna dificultad y hasta en exceso, porque a veces ese pensamiento le asalta en el trabajo o en la calle y resulta plenamente visible el bulto en los pantalones. ¿Por qué se comportó así? Consciente de su falta de atractivo, se hace esa pregunta, a la que da varias respuestas: samaritana compasión, desprejuiciada simpatía, inocente perversidad, simples ganas, sin que ninguna le convenza o le importe. ¿Qué más da por qué se ha fijado en él? Lo ha hecho y eso basta. Con ella se siente más cómodo que con las otras personas, parece comprenderlo, lo acepta. Y se pregunta si será suficiente, si no volverá a traicionarse. Ha limpiado la casa y retirado el panel con sus bellezas anestesiadas, procurando ocultar las huellas de sus sucias manías. Le avergüenza que ella, tan natural, descubra sus retorcidos secretos. No piensa invitarla a su casa y si lo hiciera probablemente ella no aceptaría, pero se prepara para esa posibilidad aunque le resulte remota. Belén

le resulta tan desconcertante que no excluye nada. Llega por fin la hora ansiada y temida. Se encamina a su encuentro más abstraído que nunca, un fantasma atravesando la cálida tarde que se baña en el río, donde las muchachas reman en estilizadas canoas, empapadas de sudor. Belén sale de su casa, con unos deliberados minutos de retraso, raros en ella, quisquillosa con la puntualidad. Quiere que él ya esté allí cuando ella llegue.

16

Acudí el martes a la cita con Héctor. Me esperaba sentado en un taburete al final de la barra, atento a la puerta, recostado en la pared. Solo, como siempre; más que eso, había un permanente halo de soledad en torno suyo, un extrañamiento que le confería una suerte de pureza entre la gente. Eso me atraía de él y el ingenuo entusiasmo que aparecía nada más rascar su timidez. Había leído muchos libros, como yo, pero de manera harto más desordenada que la mía y con intereses muy distintos. Yo nunca había leído una novela policiaca, por ejemplo, y apenas cuatro o cinco de aventuras. Tampoco había tenido cómics, ni siquiera de niña. Era, como lectora, más estudiosa que imaginativa, al contrario que él. Cuando acabó el bachillerato entró en Correos, donde había trabajado su padre. Su idea era compaginar el trabajo con los estudios, matricularse en Historia o en Literatura. Pero, entre unas cosas y otras, dejó pasar un año, dos, y al final no lo hizo. Siempre encontraba una excusa para no hacerlo y abandonarse a su propia inercia. Me contaba eso sin entrar en demasiados detalles. Tampoco se los daba yo, que dejaba en una deliberada vaguedad cuanto se refiriera a mi vida. Era un tanteo por ambas partes, conocer un poco al adversario antes de comenzar el partido. Salimos ya de noche del bar del Hispano. No habíamos comido apenas nada, pero nos habíamos tomado cada uno varias cervezas. Me sentía mareada y lo tomé por la cintura y él me pasó el brazo por los hombros. Le dije que lo que me apetecía era tumbarme lejos de la mirada de la gente, y era muy cierto. Un tanto enfurruñado, contestó que podíamos ir a su casa.

Así entré en la guarida del dragón, por más que yo no

pretendiera rescatar a ninguna doncella, sino al dragón mismo. Había una atmósfera de pulcritud que me sorprendió. Casi esperaba ver los restos de sus festines, revistas, vídeos, huesos ya mondados, esparcidos por la cueva. En lugar de eso, todo estaba ordenado y parecía encontrarse en su sitio. Era aseado, de eso no cabía duda, y además me esperaba. La botella de vino que estaba descorchando, con esfuerzo revelador de la poca práctica, seguro que la había comprado para la ocasión. Se disculpó por carecer de copas y brindamos (por mí, dijo él, por ti, contesté yo) con vasos de cocina. El piso era pequeño, un dedal, una cáscara de nuez, lo llenábamos, él era tan grande. El vino estaba tan bueno que acabamos saboreándolo en los labios del otro. Puse música, elegí de entre los pocos discos que tenía, aún de vinilo, el que más mórbido me pareció. Curioseé sus libros, revolví sus cómics aunque trataba de impedírmelo y tiraba de mí riendo para alejarme de la estantería. Hacía calor. Ambos estábamos borrachos. Tenía también muchas revistas apiladas; alcancé a ver el título de una: *Sleeper Girl*, antes de que consiguiera apartarme de ellas. No sabía si luchábamos o bailábamos en el centro del cuarto, ante la televisión apagada. Rojo por la excitación, torpe como un oso. «Cuéntame tus secretos», creo que le dije o quizás sólo lo pensé, «dime qué te gusta», y mientras él me respondía «tú, tú», repitiéndolo muchas veces, le quité la camiseta y él casi me arrancó la camisa. No sé cómo, llegamos al dormitorio y caímos sobre su cama.

Sin embargo, su fogosidad se esfumó en cuanto estuvimos tumbados cara a cara, desnudos. Notaba su pene fláccido, pequeño, restregándose impotente contra mis muslos, y mascullaba maldiciones aferrándose a mí; en el contorno borroso de su cara, en la oscuridad, veía brillar lágrimas de frustración en sus ojos. Debería haberlo consolado, haber sido paciente con él, pero no lo hice. Había bebido demasiado y de pronto todo aquello me pareció un sin sentido, algo absurdo, insignificante. Me di la vuelta y quedé espatarrada, boca abajo, sin hacerle caso. Me envolvía una agradable niebla alcohólica y me dejé llevar por su balanceo de carrusel. No sé si llegué a quedarme dormida. De pronto sentí un

suave cosquilleo en la planta de los pies, una sensación fresca y placentera que me subía desde ellos por todo el cuerpo hasta la columna vertebral. Me removí para ponerme más cómoda sin abrir los ojos; no deseaba salir del estado vaporoso en que me encontraba e intuía que Héctor sería más osado si me fingía dormida. Me acariciaba con un pincel que mojaba en agua fría, tras la planta de los pies y el talón los tobillos, las pantorrillas, besando después, lamiendo la piel que había electrizado. Sus labios, sus dientes, seguían el trazo de las lentas pinceladas, mordiendo con leves bocados mi carne. Se me habían quedado flojos todos los músculos, y cuando el delicado y frío contacto llegó a mis cachas abrí las piernas por completo. Sentí entonces los suaves pelos recorriendo la parte interior de mis muslos, abriendo una estremecida senda que seguían sus labios con pasos que eran besos punzantes y ligeros. Me encontraba completamente abandonada y no participaba más que con enajenados suspiros de satisfacción, que se redoblaron cuando la punta del pincel recorrió helada y dulce el contorno de mi sexo y subió por entre las nalgas hasta justo el agujerito del culo, donde dejó una caricia que me hizo temblar. Regresó inmediatamente al coño, mojándolo por completo, con largas pinceladas, y después su lengua de oso que ha encontrado un panal me dio lentos lametones que hicieron que la sangre corriera alocada por mis venas. Hubiera estallado si llega a continuar, pero prefirió dedicarse a mi espalda para descubrirla y situar en ella un mapa de pequeños mordiscos. Cuando llegó a mi nuca con su cuerpo casi pegado al mío, apoyado sobre codos y rodillas, y alcanzó con sus delicados dientes el punto más sensible de mi cuello, me retorcí como una anguila y levanté el culo para encontrarme con su polla tiesa como un faro en mitad de la noche. La rocé con mis nalgas, sintiéndola endurecerse aún más, y resbaló hacia abajo entre ellas hasta detenerse en la misma entrada, en la puerta misma, frenada por el zumo ya espeso que destilaba mi interior. Sentía el glande inflamado, grueso, sobre mi vulva, que se abría como una boca insaciable, y con un movimiento hacia arriba me la introduje y ya no la dejé escapar. Poco a poco la fui metiendo entera, con ondulantes movimientos naturales, no aprendidos, deslizándola dentro de mi coño suave como la seda, mientras él permanecía tenso y quieto, como si no pudiera creer lo

que le estaba pasando, exhalando maravillados quejidos hasta que, incapaz de soportarlo, la clavó hasta el fondo una y otra y otra vez, con brutales acometidas que me zarandeaban entera. Se corrió de inmediato bramando como un toro, anonadándome con la potencia brutal de su orgasmo, gratificándome de modo inesperado con un éxtasis que iba más allá del placer físico, colmando un atávico anhelo de posesión y plenitud. No me corrí, quizás con el alcohol no hubiera podido aun de haberlo intentado, pero yo no tenía ganas de tocarme y él no me tocó. Se derrumbó sobre mí mientras su polla empequeñecía hasta que dejé de notarla, y entonces se echó a un lado, liberándome de su peso, con la respiración entrecortada todavía, mudo por el placer.

17

Una despedida larga, morosa, circunstanciada, de todos los lugares que ya jamás visitará, la tumba del bardo en la alta y boscosa montaña, los rostros gigantescos sobre los acantilados esperando frente al mar austral, el silencio de las doradas amapolas en el valle envuelto en bruma, sitios oídos y leídos en los que es seguro que ya no pondrá los pies de los que carece, un atlas descuadernado que ir mirando hoja por hoja antes de echarlas al fuego. Eso es lo que quisiera escribir Luis en sus noches de insomnio, un adiós emocionado y solemne, más agradecido que trágico, a las maravillas del mundo. Cuántas aventuras no había imaginado, adolescente, en parajes remotos de Oceanía o de Asia recorridos en páginas y mapas, que no quiso después visitar al corto plazo del turista, reservándolos para el momento de dorada madurez en que tuviera los recursos y el tiempo suficientes para demorarse cuanto quisiera en ellos. Ahora sabe que ese momento no llegará nunca, y la convicción de que debe renunciar a la vida, arraigada en los meses de desesperación posteriores al accidente, encuentra en el recuento de esos lugares, por fabulosos y lejanos, más fácil aceptación, endulzada por el consuelo de una apócrifa nostalgia. Un cantar con largos versos de aceptada renuncia que no es más que un llanto por sí mismo. En la terraza, al temprano sol primaveral, cierra los ojos y trata de alejar cualquier pensamiento para gozar la sensación de cálido bienestar de la luz. Una existencia de vegetal, al cabo, sin habla, pensamiento ni deseos, como un árbol. No, los árboles están erguidos y él achatado como un arbusto, una sencilla retama, un jaramago encaramado a la cornisa de su piso en la torre de los Remedios, desde la que divisa toda la ciudad.

Mas su indómita sangre, ajena a las órdenes de su voluntad, no puede transformarse en savia y bulle con la energía de la primavera entre los relajados músculos, cosquilleando los centros del placer. Se sorprende al encontrarse tras los instantes de abandono con la mano acariciando levemente el pene semierecto. Tozudez de la carne. Él quizás quiera abandonar la vida, pero su polla no. Jamás podrá levantarse, pero su polla sí. Es un combate en el que está en desventaja porque sus ojos no dejarán de mirar, y su mente, a la que quizás podría prohibir pensar, tampoco dejará de imaginar, siquiera en esos sueños de los que se despierta mojado como un adolescente. A veces piensa que hubiera sido mejor que también quedara paralizada esa rebelde parte que capitanea la insurrección de su organismo, impidiéndole la ataraxia a la que aspira. Pero sabe que no es cierto, por más que se lo repita en sus horas más negras, y que por encima de cualquier pesadumbre anhela la liberadora excitación que se sobrepone a todo, que todo lo puede. Hasta hacerle olvidar lo que no deja por eso de estar presente: que ya no podrá volver a ponerse sobre sus pies. Esa disminución le hace sentirse inferior a cualquiera, menos que humano. Se avergüenza de su estado, por muy absurdo que sea. No le gusta salir porque detesta enfrentarse a las miradas de la gente, tanto las de indiferencia como las de compasión. Mucho menos está dispuesto a acudir al bufete, por más que su padre insista en ello cuando va a visitarlo, con demasiada frecuencia para su gusto. No porque resulte molesto, en absoluto; su padre hace lo posible por no ocasionarle ninguna contrariedad, incluso si le pide que vuelva al trabajo lo hace con sugerencias, sin prisas. No, es porque nunca lo había visto de aquel modo, acojonado. Al ver a su hijo en una silla de ruedas se le pone un nudo en la garganta y asoman lágrimas a sus ojos por más que intente disimular, y esa expresión es algo que Luis no soporta. Claudia, al principio, también lo miraba así, pero ha conseguido mirarlo de otro modo. En realidad, nunca lo había mirado antes de aquella manera impúdica, con cara de decir «fóllame». Varios años casados y no se había enterado de lo caliente que era. Tuvo que suceder todo aquello para que se enterara, y desde luego una reacción así era lo último que habría esperado. Y no era compasión, no lo hacía por él, ya no, lo hacía por ella

misma. Participaba en sus fantasías con furor de conversa. Como si compartir sus obscenos secretos hubiera eliminado las restricciones que le impedían entregarse por completo al placer. Claudia procuró agarrarse a lo que encontró que pudiera mantener su vida en común, pero en el proceso descubrió una parte de sí misma, tapada bajo el manto de las convenciones, que la hacía disfrutar como nunca había disfrutado. Desde luego no fingía, Luis llevaba las marcas, arañazos, algún mordisco, de la noche anterior, cuando vieron juntos la segunda cinta que habían sacado para la semana, y Claudia, sus ojos y oídos en el mundo exterior, le hablaba del sex–shop y sus horrendas novedades, de la muchacha que había visto allí, algo patosa, mirándolo todo con expresión de salidilla, una neófita con ganas de aprender. Excitándolo con comentarios acerca de lo que haría con ella la protagonista del vídeo, una de las pornoactrices preferidas de Luis, aunque ni siquiera sabía su nombre, rubia de labios carnosos y expresión burlona que en esos momentos, en la pantalla, llevaba diestra al orgasmo, entre caricias y azotes, a una morenita jaquetona, deteniéndose un momento antes del clímax para obligarla a rogarle, a suplicarle que lo desencadenara, por favor, por favor. No tardaron en desentenderse del vídeo y follar, ella en el suelo, apoyada sobre manos y pies, otorgándole el dominio sobre su culo orgulloso y sensible y su patentemente lubrificada vulva. Él la ensartó desde la silla, palmeando con una mano a su placer las masas de redonda carne a la par que le hincaba hasta el fondo la polla y con la otra mano le frotaba el clítoris. No tenía prisa, y tanto se la sacaba dejando sólo dentro el glande para que ella moviera en círculo las caderas, como volvía a hundirla con fiera arremetida mientras ella sentía el cosquilleo del vello púbico en la base de las nalgas y una posesiva mano en la cumbre y la otra abajo, hasta que tuvo que pedirle que parara, porque no quería correrse así. Quería sentirlo encima, mirarlo, que la mirara. Se levantó y primero, aún de espaldas, le bailó la polla entre las nalgas y el coño hasta oírlo también gemir, después se volvió y lo atrajo hasta que cayeron al suelo y pudo notar su peso y besar su boca. La tenía clavada dentro, casi vertical, presionando de ese modo su clítoris, entraba y salía como una espada de su vaina, con un ritmo endiabladamente dulce que la

transportaba más y más entre jadeos, hasta que de pronto cesaba, llenándola para que ella se meneara elevando las caderas para su propio placer y, de pronto, con una sacudida brusca, de nuevo comenzaba, tan delicado como duro, llevándola arriba, más arriba, controlando completamente sus reacciones para excitarla cuanto pudiera procurando no correrse ni que ella se corriera antes de tiempo, casi torturándose de lo calientes que estaban, hasta que fue ella la que le suplicó: «Ahora, ahora, por favor, por favor», y él incrementó el ritmo y se confundieron sus espasmos, los dos impulsados, el uno hacia abajo, la otra hacia arriba, alcanzados por la misma descarga. Tras la eyaculación furiosa su orgasmo se extinguió entre temblores, pero ella seguía, prevalecía levantándolo en peso con las caderas, zarandeándolo, estrujándolo hasta la última gota. Cuando por fin cesó la tormenta y se separaron, la polla salió limpia, la había exprimido hasta dejarla seca. La pantalla del televisor chisporroteaba gris, hacía tiempo que había acabado la cinta.

En la terraza empieza a hacer calor, no sabe si por el sol o por el recuerdo de la noche pasada. Oye a Claudia trastear en la cocina, tiene puesta música y tararea una canción. No, Luis no va a matarse, tampoco se dejará morir en vida, ni mucho menos. No volverá al trabajo, no visitará los fabulosos lugares que destellaron en su imaginación, se recluirá en el caparazón de su casa sin salir a la calle, con Claudia, sin más ocupaciones que follar y leer.

18

Desperté de madrugada. Héctor dormía a mi lado con la expresión de un niño que no ha sufrido jamás una pesadilla. Un suave silbido se escapaba de sus labios al respirar. Tenía mucha sed y me dolía la cabeza, sentía entre mis piernas la pringue de su semen. Fui al minúsculo cuarto de baño procurando no despertarlo, bebí del grifo hasta hartarme y, tras limpiarme concienzudamente, me puse a buscar mis ropas en la oscuridad. Sólo los pantalones y la braga estaban en el dormitorio. Salí y cerré con cuidado la puerta, no quería quedarme a dormir allí. El aire era espeso, la cama estrecha y no deseaba despertar a su lado. Encendí la luz de la sala para buscar el resto de mi ropa y mi bolso. Ya vestida, curioseé sus revistas, todas en inglés aunque sabía por nuestra conversación que él tenía una idea más bien sumaria de ese idioma, pero lo importante no era el texto, claro está. Las fotos ocupaban casi todas las páginas, mujeres asfixiadas hasta la inconsciencia, un punto antes de la muerte, o anestesiadas contra su voluntad. Muñecas dormidas, sin voluntad para el rechazo o la atracción. Resultaba tenebroso y malsano. En casi todas las revistas faltaban pedazos cuidadosamente recortados, a veces siguiendo las siluetas de los cuerpos y dejando en las páginas un vacío, como el dibujo de tiza de un cadáver en la escena de un crimen. Parecía apropiarse de ese modo de ellas para llevarlas a alguna subterránea guarida donde velarlas juntas. Un harén de bellas durmientes. El ariete de la resaca no dejaba de golpear mientras tanto en mi cabeza. La atmósfera de la habitación me resultaba sofocante, tomé dos de las revistas a modo de trofeo y me marché en cuanto estuve segura de que podía caminar. Me sorprendió que comenzara a amanecer. No había nadie

en las calles y el canto inocente de los pájaros saludaba al nuevo día. Yo lo despedí culpable cerrando las cortinas, me tomé una aspirina y me eché en la cama, agotada.

Los días siguientes pensé mucho en Héctor pero no quise verlo. Sabía dónde encontrarlo, pero él a mí no. Eso me daba ventaja, me permitía tomarme mi tiempo. Me gustó acostarme con él, y eso no me lo esperaba. No lo había hecho por gusto, sino por curiosidad, por morbo, seguramente por aburrimiento. Sin embargo disfruté poseyendo su fuerza, experimenté una rara sensación de plenitud absorbiéndola dentro de mí hasta rendirla. Miraba las páginas de las revistas, paredes de su extraño mundo sofocado, y me preguntaba si él habría podido hacer algo de no creerme dormida. Leí los relatos que ilustraban las fotos, muchachas asfixiadas con el antebrazo presionando la carótida hasta la inconsciencia, o narcotizadas en *night–clubs*, objetos de anónimos abusos. Todo aquello me recordaba una novela de la que había oído hablar pero que nunca tuve la oportunidad de leer: *El burdel de las bellas durmientes*, de un autor japonés del que no sabía ni el nombre. Tampoco recuerdo quién me contó que en el burdel de esa novela se ofrecían muchachas anestesiadas a ancianos que las preferían así porque se avergonzaban de su decrepitud. A Héctor le pasaba algo parecido, también se avergonzaba de sí mismo, tanto que ni aun en sueños se imaginaba deseado. Sólo podía estar con una mujer cuando esta se encontraba ausente de sí misma, cuando no era más que un cuerpo inerte. Yo era una anomalía en su mundo. En realidad, el durmiente era él y no sabía si alegrarme de haberlo despertado. Estaría esperándome en la piscina, anhelante, volviendo la cabeza a cada momento hacia la puerta de los vestuarios para ver si aparecía.

Traté de quitármelo de la cabeza. Quedé con Juanjo, que no parecía echarme tanto de menos. Tenía el pelo más largo y se había apuntado a un grupo ecologista. Había hecho nuevas amistades. Me reprochó, siempre tan suave, que no apareciera apenas por la facultad y que tuviera descuidados los estudios. Albergaba proyectos, planes, para los que ignoraba si debía contar conmigo. Yo no estaba muy interesada, pero lo animé lo mejor que supe. Celebramos nuestro reencuentro encendiendo un porro. Yo no fumaba salvo en esas ocasiones; el hachís aligeraba mis

pensamientos, su relajada vaguedad bajaba mis defensas, me hacía más sensible. En otras ocasiones había sido suficiente, pero en esta no. Nos acostamos, cariñosos, pero faltaba pasión en nuestros cuerpos. Dos personas con la misma temperatura no se dan frío ni calor. No pude fingir que me apetecía, lo notó y se retrajo. Me dijo justo lo que yo estaba pensando, que había cambiado. Algo dentro de mí se había transformado, había crecido. Me hallaba más dueña de mí misma, como si disfrutara del poder de una inexplicable convicción. Guardaba un secreto que era un talismán de dominio sobre mis propios temores y ansiedades, sobre Héctor, sobre su amor y su miedo. Había jugado con fuego sin quemarme y quería seguir jugando. Lo supe allí, silenciosa al lado de Juanjo, que se removía inquieto buscando las palabras adecuadas para despedirse. ¿Qué hubiera pensado de enseñarle las revistas, si le hubiera dicho que me había follado al hombre que se masturbaba mirando esas cosas, y que me había gustado? No se las enseñé, desde luego. Se marchó dolido, y aunque no quiso romper del todo el contacto (tampoco yo quería), estaba claro que ya no éramos amantes.

La primera tarde que tuve libre a la semana siguiente me dirigí al Hispano, segura de encontrar allí a Héctor esperándome, pero no lo vi. Me pregunté si estaría enfermo, sorprendida, o quizás es que no estaba tan colado como yo creía y tenía ya suficiente, tal vez prefería antes que a mí a sus muñecas de ojos vueltos. Nadar me serenó, como siempre, sin que pudiera evitar mirar a mi alrededor en los descansos. Aprecié la ironía de verme en la misma situación en que lo había puesto y di por bueno que no estuviera allí. Sin él me sentía más cómoda. Nadé hasta hartarme y acabé más cansada de lo que suponía. Me alegré de haber ido en coche.

19

Cuando despertó por la mañana, solo, pensó si todo no habría sido más que un sueño, pero el olor a sexo de la habitación, la mancha sobre las sábanas, su organismo tonificado indicaban lo contrario. Podría mentirle su mente, pero no su piel. Sabía que era cierto, y aun así le costaba trabajo creerlo. Belén había estado allí, bebieron, ella se quedó dormida en su cama. La contempló largo rato, la oyó respirar regularmente, confiada, y después, después… El pincel estaba tirado al lado de la taza que llenó de cubitos de hielo. Lo había hecho, sí, no cabía duda, su polla más grande y dura que nunca la penetró profundamente y ella se entregó por completo. ¡Cómo se había corrido, y cuánto! Duró una eternidad, creyó que iba a morirse. Un ramalazo de orgullo le levantó de la cama. El día era espléndido y así se lo hubiera parecido aunque cayeran chuzos de punta. Estuvo en un tris de echarse a llorar y dar gracias a Dios, por más que él no creía ni en Dios ni en las lágrimas. En lugar de eso rompió a cantar el estribillo de una canción pegadiza, completamente satisfecho por una vez consigo mismo. De pronto se detuvo. Si todo era verdad, ¿dónde estaba Belén? ¿Por qué se había ido? Miró el reloj, era tardísimo, hacía más de una hora que debía estar en el trabajo. Pero ni siquiera aquello logró enturbiar su beatífico estado de ánimo. Ya llamaría diciendo que estaba enfermo. Sería la primera vez. Seguramente Belén habría tenido que irse y no quiso despertarlo. Fue hacia la sala, desnudo, y contempló el bendito desorden. La botella vacía de tinto. Sus ropas esparcidas al voleo. Y algo más, una felpa rosa que recogió del suelo y llevó a sus labios, a su nariz, a su frente, y entonces sí que no pudo evitar unos sollozos de puro alivio. Ni por un momento pensó

que no volvería a verla aquella misma tarde o la siguiente. No se preocupó al primer día ni al segundo, pero al tercero se entristeció, mustio tal flor sin agua. Siguió yendo a la piscina un día tras otro, sin ánimos para bucear ni para nada, pasando las horas en la pila de agua caliente, esperando. Dio mil vueltas a lo sucedido aquella noche, cómo despertó al contacto del pincel y él se detuvo, muerto de miedo, pero ella no abrió los ojos, se abandonó a sus caricias, y él puso en cada pincelada, en cada beso, en cada roce de la lengua toda su ternura y su deseo, y fue ella, ella la que levantó el culo hasta atraparlo en su vulva, sin abrir los ojos, y cuando él se corría, fuera de sí, notaba su coño aceptándolo, aceptándolo todo y más que hubiera podido darle. Recordaba que después, envuelto en una esponjosa neblina de bienestar, le preguntó con la voz entrecortada si le había gustado, y ella le respondió que sí y le dio un beso en los labios mientras sus ojos brillaban con alegre malicia. ¿Por qué no había vuelto entonces? ¿O era todo fingimiento, mentira, no le había gustado nada y…? Aquello era absurdo. ¿Estaría enferma, o era un ángel del sexo que venía, echaba un polvo y se iba volando? Quizás había tenido que marcharse de viaje con sus padres. Ella vivía con sus padres, aunque en otro momento también le había dicho que sus padres estaban divorciados. No se había dado cuenta de esa contradicción. Trató de recordar minuciosamente sus conversaciones y no pudo encontrar nada que le dijera cómo hallarla. Un día no tuvo fuerzas para ir al Hispano. En una semana no había tenido un atisbo de apetito sexual, saciado al principio, angustiado después. Sacó de nuevo el panel de corcho con las fotos de sus durmientes, pero sus fantasías habían perdido el mágico esplendor que las iluminaba, revolvió desganado las revistas y se dio cuenta de que faltaban algunas. De tanto mirarlas se las sabía de memoria, no podía equivocarse. Se las había llevado Belén, quién si no. Entonces comprendió con devastadora evidencia lo que había sucedido. Se asqueó al ver aquello y se fue, probablemente asustada, considerándolo un monstruo. ¿De qué otra manera podría considerarlo? ¿Qué era, si no? Se dejó caer en el sofá, hundido, la cabeza le daba vueltas. Pero, si la habían horrorizado, ¿por qué se llevó las revistas? Todo era confuso salvo su pena, que no admitía ningún género de dudas. Dejó pasar las horas hasta que la casa

pareció venírsele encima. Salió a la calle sin rumbo, atormentado por el deseo de explicarse ante ella, y aterrado ante la posibilidad de encontrarla y no saber cómo podría mirarla a la cara. Le pareció que sus propios pasos le conducían al Hispano. No creía que estuviera, pero no tenía otro sitio donde ir. Cuando llegó, la vio salir en el coche, tan rápido que no tuvo tiempo a levantar el brazo o lanzar un grito.

20

Héctor, buceando por debajo de la corriente de la vida, como un ser que no tuviera derecho a la luz. Aplastado por la presión de la belleza, del amor, del éxito, de la felicidad, todo ajeno. Amante de cadáveres sumergidos que cuida en su cueva de celuloide y papel. Héctor que casi nunca ríe. Que tiene discos que nunca oye y libros que no le llevarán a ninguna parte. Que se masturba como un mono enjaulado. Pensé mucho en Héctor en aquellos días, compadecida por su debilidad, excitada por su fuerza estrujándome entera. Me excitaba también la fuerza que había crecido en mí para enfrentarme a él, para vaciarlo. Aquella tarde me pesó tener que trabajar y quise ir tras el cierre a la piscina, por si andaba por allí todavía. No quería acostarme con él, sólo sentirlo cerca, que me sintiera cerca, mostrarle que lo sucedido la otra noche había sido bueno también para mí. Pero sucedió algo que desvió el curso de mis pensamientos.

Llegó de repente, a última hora, cuando ya no quedaba nadie en mi planta y me dedicaba a recoger las prendas y colgarlas adecuadamente. Llevaba dos o tres bolsas, habría estado toda la tarde de compras, iba vestida más elegante que en las ocasiones anteriores, más vistosa. Nos miramos sorprendidas y por un momento ninguna de las dos supo qué decir. Por fin ella rompió el silencio, quería probarse el traje que estaba abajo, en el escaparate. Busqué su talla, se lo entregué sin una palabra, y entró en el probador. Tardó bastante en salir mientras yo revolvía nerviosa la ropa, preguntándome si aquello era verdaderamente una casualidad. ¿Qué pensaría de mí? ¿Serían ciertas las conjeturas que me había hecho sobre ella, que era una mujer esclavizada por el

deseo de su hombre o, por el contrario, sería lesbiana? La idea de verme cortejada por una mujer como ella me gustó, por más que nunca había deseado acostarme con una mujer ni me inspiraban lubricidad las formas femeninas. ¿Qué haría? ¿Se contentaría con mirarse en el estrecho espejo del probador o saldría a reflejarse en el más amplio de la sala? Mi duda se resolvió al instante porque descorrió la cortina y apareció espléndida; el traje, negro, de chaqueta y pantalón, le sentaba como un guante, parecía hecho para ella. Ni siquiera se miró en el espejo, me miró a mí directamente, su sonrisa, su mirada decían: «¿Te gusto?». Aunque su voz me preguntó si le quedaba bien. Le contesté que sí, que muy bien. De lujo, debería haberle dicho. En sus ojos había una punta de curiosidad que me atraía y un brillo burlón que me intimidaba, como la seguridad de su porte y la decisión con que parecía haber tomado las riendas del asunto, fuera cual fuese el asunto. Por un momento tuve la sensación de que podía pasar cualquier cosa, que podría acercarse hasta mí, caminando resuelta con sus pantalones, tomar mi pelo con una mano firme, echarme hacia atrás la cabeza, besarme en la boca, y que yo aceptaría ese beso. Pero se dio la vuelta para contemplarse componiendo una pose de modelo, con un puño en la cadera. Nos miramos a los ojos a través del espejo. Yo estaba como hipnotizada por su mirada, que procuraba sondear mi interior. Rompió el hechizo para decirme que se quedaba con el traje y que prefería llevárselo puesto. Me acerqué a desprender la etiqueta y al hacerlo rocé sin querer uno de sus pechos. Olía levemente a lilas, un perfume dulce y discreto. Estando tan cerca percibí en ella alguna señal de inseguridad y una mirada de interrogación desvanecida al instante. Se retiró a recoger sus cosas del probador. La esperé en el mostrador, pagó con tarjeta. Así supe su nombre. Antes de irse me dijo que había sido muy amable y me preguntó el mío.

Aquel encuentro me turbó lo suficiente como para impedirme pensar en otra cosa y me fui a casa en lugar de dirigirme a la piscina. Nunca había tenido relaciones sexuales con otra mujer, quizás porque no había encontrado ninguna que me provocara ese tipo de afecto, pero si esa posibilidad no me atraía, tampoco me resultaba repugnante. Otro misterio por explorar. Claudia, Claudia

Bulnes excitaba mi curiosidad y algo más. Me gustaba. Me parecía turbadora y guapísima. Parecía querer algo de mí, ¿pero qué? Quizás estuviera completamente equivocada. Quizás… Eran preguntas sin respuestas, aunque confiaba en encontrarlas. Tenía la sensación de que volvería, y si no lo hacía, iría yo a buscarla, algún domingo.

21

Se siente decidida, audaz, dispuesta a cualquier cosa. Se encuentra mejor que nunca, vigorizada por una semana de orgasmos inacabables, conjuntos, plenos. Ni siquiera imaginaba que pudiera darse una unión así, en el éxtasis. Si eso había sido posible, ¿por qué iba a ser difícil lo demás? Durante toda la mañana han estado hablando despreocupadamente al sol, en las tumbonas de la terraza. Luis le ha contado de sus lugares predilectos, a los que ya no creía que fuera a ir nunca, y del poema que quiere escribir sobre ellos. La tumba de Stevenson en la Polinesia, la isla de Pascua, los arrozales del curso bajo del Mekong, tantos otros de los que Claudia no oyó hablar nunca. «¿Y por qué no vamos? ¿Qué nos lo impide?», dijo entusiasmada, pero él sonrió con tristeza y estuvo callado un rato, sin que ella se atreviera a insistir. Si a él aún le resultaba un trauma salir a la calle, ¿cómo le iba a proponer dar la vuelta al mundo? Aunque eso es lo que pensó cuando le hablaba de aquellos sitios remotos, tan distantes entre sí. Dar la vuelta al mundo, ¿por qué no? Tenían el dinero suficiente para viajar con toda comodidad y tardar cuanto hiciera falta. El siguiente paso era sacarlo de aquella reclusión, convencerlo de que, más allá de aquellas cuatro paredes, la vida podía ser para ellos divertida y emocionante. Sobre todo ahora que habían conseguido amarse de aquel modo. Ha salido de compras, optimista, con la vaga idea de adquirir algún libro antiguo que describa una vuelta al mundo. Quiere regalárselo para su cumpleaños, dentro de unos cuantos días. Por el camino se compra unos zapatos de tacón de aguja, soberbios, para servirle esta noche la cena con ellos puestos y sólo las bragas y el delantal de la cocina. Tampoco puede resistirse a un bolso que ve en una vitrina,

aunque para qué quiere ella otro bolso si casi nunca pisa la calle. Pero ¿quién sabe? Necesita galvanizar a Luis, ofrecerle algo grande, y no le importa sacrificar lo que sea para conseguirlo. Se detiene frente a una tienda de grabados, eso también podría servir. Entra sin mucha confianza en encontrar lo que busca, pero para su sorpresa sí que hay algo. Un grabado a color, francés, de la segunda mitad del XIX, doblado en varios pliegues, amputado sin duda de un libro. Cuando lo despliegan frente a ella no puede evitar una exclamación. Es mejor de lo que había pensado. *Carte du Voyage autour du Monde de M. Jacques Sigfried*, reza la leyenda. Sobre el globo terráqueo circunscrito a plano, una delgada línea roja parte de Lisboa, llega a Nueva York, de ahí a los Grandes Lagos para bajar a Nueva Orleáns, desde donde continúa a San Francisco y se adentra en el Pacífico hasta Hawai, fondeando de isla en isla, cambia el rumbo para subir hasta Yokohama, luego a China, remontando el curso del Río Amarillo, a Hong–Kong después, a Borneo y Sumatra, y de allí a Ceilán, la India, el Mar Rojo y Arabia, El Cairo, Grecia, los Balcanes e Italia, para volver a Lisboa atravesando la Península desde Barcelona. Es perfecto, a Luis le va a encantar. Lo compra sin dudarlo, pide que lo envuelvan en papel de regalo y se echa a la calle con una sonrisa radiante. Siente que tiene la suerte de cara. Ella no es de las que van de compras cuando se sienten deprimidas, todo lo contrario, va cuando está de buen humor. Todavía queda algo de tarde y decide probarse aquel traje negro que vio en la boutique cercana al sex–shop. Seguro que le está bien. Sería ideal para ir al teatro, por ejemplo, aunque tendría que ser lejos, donde el golpe fuera menos duro. Aquí, en el Lope de Vega, se encontrarían a conocidos, amigos, rostros familiares, todos de pie tan ricamente, y Luis en su silla de ruedas, expuesto a la curiosidad y la compasión. Sería más fácil en un lugar desconocido, en Venecia quizás. Anota mentalmente que hay que incluir Venecia en su periplo si es que no está en el mapa. Se echa a reír para sí misma de su tontuna porque se ve ya en el barco, al tiempo que llega al escaparate de la tienda y, contemplando el traje, recuerda a la muchacha que vio en el sex–shop y el extraño cruce de miradas que se dirigieron. Entonces una loca idea se le pasa por la cabeza. ¿Por qué no proporcionarle a Luis lo que tanto le fascina, dos

mujeres jugando para él al juego del dominio? Con una joven como aquella, ansiosa, torpe, limpia, le parece factible enfrentarse a una prueba a la que jamás se sometería con una puta o una desaprensiva. Aquello sí impresionaría a Luis, y con una puesta en escena que superara con mucho a las de los vídeos. Claro está, tendría que ser con sus condiciones, bajo su control. No deben follar, no lo soportaría. Ese derecho es sólo suyo, la otra debería jugar un papel subordinado. La dejaría chuparla, no más. Pero ¿cómo puede pensar en esas cosas? Se está convirtiendo en una pervertida. No la avergüenzan sino que la divierten esas locas fantasías que no piensa llevar a cabo, pues lo más probable es que no vuelva a ver a esa muchacha nunca, y si así fuera, ¿cómo convencerla para que participe en semejante juego, por más que esté caliente como una perra, husmeando por los sex–shops? Mejor así, porque se siente capaz de todo. ¿Qué mejor prueba de amor que esa? ¿Qué mejor demostración de que la vida puede ser muy excitante, a pesar de la silla de ruedas? Lo haría, sí. Todo con tal de convencer a Luis de que su amor puede superar cualquier obstáculo y hacer posible lo que parece imposible. Mejor que no se le presente la ocasión porque la aprovecharía. Eso se dice a sí misma mientras sube las escaleras y se la encuentra frente a frente. Se queda estupefacta. Al principio ni se percata de que es la dependienta y sólo con gran esfuerzo logra pronunciar unas palabras. Conserva la frialdad imprescindible hasta que puede ocultarse en el probador y sentarse, con el pulso latiendo desbocado. Respira hondo hasta calmarse. De modo que trabaja allí, justo al lado, ve el sex–shop todos los días y un domingo decide entrar a echar un vistazo. Nada extraño en realidad, una muchacha con la natural curiosidad acerca del sexo y sus temores y placeres. Pero ¿por qué un domingo, sola, no con su novio o con amigas? ¿Por qué esa sensación de reconocimiento, esa mirada, tímida pero muy persistente, como si esperara algo de ella? Puede que tenga una razón oculta para ir allí, como ella la tiene, o tal vez le gusten las cosas raras, efectivamente. Quizás sea lesbiana. O todo junto. Claudia recupera el dominio de sí misma. El traje le sienta muy bien, se pone los zapatos de tacón recién comprados. Aún mejor. Se ve hermosa. Tiene treinta y cinco años. Está en lo mejor de la vida. Si lo que le gustan son las tías, la

va a poner caliente. Sale y la encara con autoridad, exhibiendo sin ambages su belleza, su distinción. Y encuentra en sus ojos el efecto que busca. Por un momento siente con abrumadora claridad que si se acercara se le entregaría como una corderita. Pero no sabría qué hacer con ella, al menos en ese momento. Se da la vuelta con la convicción de ese triunfo y después, cuando se aproxima hasta rozarla, se pregunta si será en efecto lesbiana. Antes de irse averigua su nombre: Belén. Cuando sale se le ocurre que podría esperarla sentada en el café de enfrente, y sólo no saber muy bien qué decir y el temor al ridículo la detienen.

22

El encuentro con Claudia me condujo a un estado de expectación inusitada. Estaba segura de volver a verla y de un momento a otro esperaba que apareciera de nuevo por la tienda. Nada concreto había, sin embargo, que sustentara tal confianza. ¿Su visita había sido producto del azar, o de algún modo me había descubierto y respondía a un plan preconcebido? Me pareció tan sorprendida como yo, y al cabo no intentó nada. Todo se había reducido a miradas y gestos que podían interpretarse de cualquier manera. No lograba, a pesar de mis cábalas, sustraerme a la impresión de que quería algo de mí, ¿pero qué? ¿Quería acostarse conmigo o entregarme a su hipotético amante? Ambas cosas eran compatibles. Y si era así, ¿hasta dónde llegaban en sus juegos perversos? Me asustaba más aquello que la aventura con Héctor. Era más peligroso, más excitante, y mi curiosidad superior a cualquier cautela. Me atrevería, llegado el caso, pero no estaba segura de querer llegar hasta el final. ¿Y si me echaba atrás en el último momento? ¿Y si entonces ya era tarde? Imágenes de mí misma, desnuda y atada, sin defensa, entregada a Claudia y a su amante, al que imaginaba delgado, moreno, con una peligrosa sonrisa en el rostro de rasgos afilados, asaltaban mi mente. Este nuevo reto, que quizás no sucediera más que en mi imaginación, eclipsó a Héctor, al que sólo recordé cuando, a disgusto por si precisamente entonces Claudia decidía reaparecer, tomé mi tarde libre.

Estaba buceando. Apenas había nadie y tenía dos calles para él solo. Aguantaba mucho, como si quisiera hacer el largo bajo el agua, aunque fatalmente tenía que salir a respirar. No me vio hasta que pasé nadando por encima. Entonces dejé yo de verlo hasta que

llegué al borde de la piscina y me acodé, dejando flotar las piernas entumecidas. Él, a unos metros, sacó la cabeza e inspiró, sin que las gafas empañadas me permitieran mirarle a los ojos. Volvió a sumergirse y avanzó hacia mí, una sombra plateada de vigorosos movimientos, acercándose. Abrí las piernas y deseé que enterrara la cara entre ellas, dejando un acuático beso en mi coño a modo de saludo. Debería haberlo hecho, y seguro que lo pensó, pero no lo hizo. No estaba seguro de mí. No sonreía cuando emergió a mi lado y se quitó las gafas para mirarme con expresión más temerosa que dolida. Parecía de súbito mayor, como si su prolongada adolescencia se hubiera desvanecido de pronto para dejar paso al semblante cariacontecido de un joven que se iniciaba perplejo en la madurez. No acertaba a decir nada y lo saludé, enternecida, con un ligero beso en los labios. Me miró como si me estuviera burlando. Pero después me dijo algo sorprendente, me preguntó si no estaba enfadada. Le contesté que no, que por qué iba a estarlo. No respondió. En cambio movió la cabeza y farfulló que pensaba que no volvería a verme. Aduje que había tenido cosas que hacer, excusas. De repente me preguntó a bocajarro por qué me había llevado sus revistas. Me quedé en blanco. No había vuelto a pensar en ellas. Nunca supuse que advertiría mi hurto. ¡Tenía tantas! Ahora sabía que su secreto estaba al descubierto. Su expuesta intimidad le avergonzaba y temía por igual el desprecio y la traición. Salí del paso diciéndole lo más cierto, que lo había hecho para conocerle mejor, aunque no fui del todo sincera porque también lo hice por morbo, como todo con él desde el principio. No quería seguir hablando allí de aquellas cosas, con medio cuerpo dentro del agua y el otro medio fuera, y le rogué que fuéramos a dar un paseo. Aceptó a regañadientes y media hora después estaba esperándome en la puerta, ya duchado y vestido, con su mochila colgada del hombro.

Había una desusada animación en las calles. Pronto nos dimos cuenta de que era Viernes de Dolores. Bares y restaurantes estaban a rebosar. La Semana Santa era para mí algo completamente ajeno. También para Héctor. Entre tanta gente acicalada y dispuesta a divertirse, tantos grupos de amigos y reuniones de matrimonios, nos

sentimos más bichos raros que nunca. Creo que eso nos acercó un poco. El puente de Triana parecía una feria y nos desviamos para adentrarnos en el oscuro y silencioso Paseo de la O. Fue él quien lo sugirió. Yo apenas si había pasado alguna vez por esa prolongación baja de la calle Betis, arbolada y a flor de agua, encajada entre esta y los muros a modo de farallones con que se defendían antaño las casas de las crecidas del río. El Paseo estaba desolado como sólo la auténtica belleza puede estarlo, que huye de las multitudes y se muestra a los seres humanos de uno en uno y, con suerte, de dos en dos. Olía a madreselva, a dama de noche, el río recogía mansamente las luminarias de la ciudad enfebrecida que se oía en sordina, a lo lejos. Espaciadas farolas esparcían una luz amarilla y mortecina que agrandaba las sombras. La ribera parecía encantada bajo un callado hechizo que no nos atrevíamos a romper con nuestras voces. Paseamos fascinados sin encontrar un alma y volvimos sobre nuestros pasos. Le tomé de la mano. Por un momento creí que la rechazaría, pero pasado ese instante de indecisión la apretó con fuerza. Nos sentamos en el único banco de la placita que creaba el cimiento del puente. Por encima de nosotros, sobre los arcos de hierro de Eiffel, se oían gritos, risas, bocinas, aunque todo ese fragor nos llegaba amortiguado. Estábamos sumergidos bajo la corriente de la vida, que se desplegaba apasionada y necia sobre nuestro ignorado escondite. Entre susurros, interrumpiéndose a cada momento, sin encontrar las palabras, Héctor rompió a hablar tratando de explicarse, respondiendo más a una necesidad interior de justificación que a convencerme de nada. Creía que yo estaba allí por pura compasión y venciendo quizás mi repugnancia. Durante toda la vida la vergüenza le había acompañado como una segunda piel y trataba de arrancársela con frases que se le atragantaban como sollozos. Yo sabía que sus fantasmas, por terribles que parecieran, no eran sino manifestaciones de su extremo pudor. No soñaba con humilladas esclavas que le sirvieran de rodillas, delirios de grandeza sexual de tantos pobres hombres. Su malbaratado instinto le conducía a anhelos que lindaban la necrofilia. Un mecanismo de defensa, un sueño que se había convertido en pesadilla de la que quería despertar. Lo acallé a besos. Debería haberle correspondido, debería

haberle dicho la verdad, contarle incluso lo de Claudia, las fantasías que había tejido en torno a ella. Sin embargo… Yo disfrutaba con su entrega, pero no quería entregarme a él. No deseaba contarle mis secretos ni que participara de esa parte insobornable de mi alma que guardaba sólo para mí. Quería tenerlo en mis manos, pero no estaba dispuesta a ponerme en las suyas o, por mejor decir, en su corazón. Él me brindaba el suyo, palpitante como el de Cabestán en la bandeja, pero yo no iba a darle el mío, y el amor que no es compartido no es amor. Pero podía proporcionarle otra cosa que quizás él necesitara más, algo que yo también deseaba: exprimirlo como a una naranja madura. ¿Obraba mal? Aún no lo sé. Me subí a horcajadas sobre él, le eché el pelo hacia atrás y le obligué a mirarme. Hacía un gran esfuerzo por no echarse a llorar. Apoyé la cabeza en su hombro y él me abrazó con un suspiro que conjuró sus lágrimas. Me refregué contra el bulto de sus pantalones hasta notarlo crecer debajo de mí. Sus manos descendieron por mi espalda hasta introducirse por dentro de mis vaqueros tratando de aferrar mis nalgas. Desabroché mis pantalones y los suyos. Me levanté lo suficiente para que pudiera bajarlos hasta las rodillas e hice lo mismo por él. Nos habíamos olvidado de dónde estábamos, la noche, los árboles, las aguas nos protegían. Volví a frotar mi pubis contra su polla. El satén de las bragas, que aún llevaba puestas, rozaba la lana de sus calzoncillos. Mi clítoris estaba hinchado, mi coño exudaba todos sus jugos. Estaba muy excitada, su polla se endurecía por momentos y no podía parar de deslizarme arriba y abajo, presionándola. Sus manos acompañaban mi movimiento cogiéndome con fuerza el culo. Estaba a punto de correrme, frenética. No podía, no quería detenerme. Héctor jadeaba procurando besar, morder mis tetas, que se le venían una y otra vez a la cara. Presioné todavía más aquella palpitante protuberancia con todo el peso y el frenesí de mi cuerpo, cabalgaba al galope sobre la barra de su polla cuando por fin el orgasmo estalló en mis entrañas y me sentí alcanzada por la descarga de un mortal rayo enviado por la mismísima luna. No sé si el gruñido animal que oí era mío o suyo o de ambos. Cuando pudo volverme a la cabeza algo de sangre, sus manos empujaban firmemente hacia abajo mis caderas. Tenía los ojos cerrados, apretados los dientes. La polla le

sobresalía espasmódica de la banda elástica de los calzoncillos. Procuré moverme, aunque se había desvanecido mi ansia, y admiré, con la respiración entrecortada, cómo se le escapaba a chorros del glande casi morado el blanco esperma. Durante todo ese tiempo no habíamos oído otra cosa que nuestros propios jadeos, pero entonces el titánico rumor de la ciudad cayó sobre nosotros y nos separamos alertados por una atávica señal de peligro. Permanecimos sentados el uno al lado del otro, en silencio. Yo sentía una pegajosa humedad en las bragas. Él tenía empapada la camisa. No teníamos mucho más que decirnos.

23

Luis está en el dormitorio, echando una siesta tardía, imprescindible en sus biorritmos de noctámbulo. Claudia ha puesto una cinta en el vídeo para verla por primera vez a solas. Procura fijarse en cada detalle del conocido ritual, mientras se pregunta si de verdad se atrevería a hacer algo así. Ella también estaría hermosa con guantes de suave cuero negro largos hasta debajo del hombro, ceñida por el estrecho corsé realzando su figura, elevando sus pechos. Caminaría también autoritaria sobre crueles tacones alrededor de su arrodillada víctima, mirándola con el delicioso dominio que sólo la lascivia proporciona, gozando del placer de exhibirse ante Luis, sintiendo sin necesidad de contacto cómo le crece la polla más que nunca. Una venda sobre los ojos. Excelente idea. Todo sería más fácil si no pudiera verlos. Sí, le vendará los ojos. En ese momento todo lo da por hecho, lo encuentra factible, sólo depende de su decisión, de qué detalles elegir, de cómo hacerlo. No le importaría besarle los pechos, así, suavemente, ni tirarle de los pezones un poquito jugando a ser mala. Tampoco comerle los labios o meter entre ellos la lengua. Le repele, sin embargo, el coño. Incluso el suyo. Nunca permite que Luis se lo coma. No ha conseguido librarse de la sensación de que es algo sucio y no quiere que ponga allí la boca. Cuando de todos modos la pone, ella cierra instintivamente las piernas, incómoda, tensa. Y si él insiste, le deja besárselo pero sin sacar la lengua. Entonces le gusta, le gusta mucho, pero no se entrega, y al poco le dice que se deje de tonterías y se la folle. No ha logrado vencer esa inhibición, aunque él se lo reprocha y la amenaza con atarla para hacérselo a la fuerza. No lo ha hecho hasta ahora, cosa que en parte lamenta, pues

quizás obligada pudiera disfrutarlo. La intimidad de otra mujer, húmeda, pegajosa, fétida, le resultaría de seguro insoportable. Si ya le parece penoso tocarla simplemente ahí, mucho menos… Frunce los labios en una mueca de asco. Eso no figurará en su guión. Tampoco lo contrario, que sea esa muchacha la que… No obstante, sin duda sería más placentero. El objetivo es darle gusto a él, no proporcionarse ese dudoso placer entre ellas. Pulsa el avance rápido hasta que aparece otro elemento de interés. Una pluma. Luis no la ha acariciado nunca con algo así; debe de ser un cosquilleo delicioso. Le parece sofisticado, pulcro, a pesar de que en la cinta la pérfida Mistress no la aplica sólo sobre la vulva, también en el agujerito del culo. ¡Qué cochinada! Seguro que da gusto. Debe lavarla, antes que nada, perfumarla. Como a una muñeca. Eso es. Jugará para él a las muñecas con una de carne y hueso. La reminiscencia infantil aligera el peso de sus propósitos, los dora con la inocencia del juego. Cera. Un velón malva dejando sus ardientes lágrimas a flor de piel sobre los muslos o alrededor del ombligo. ¿Dolerá mucho? No lo parece, un ligero sobresalto, un gemido, ni siquiera un grito. Recuerda, cuando niña, cómo los penitentes inclinaban los cirios para dejar sus gotas en las manos infantiles que hacían bolas de cera. Ella nunca lo hacía, pero los niños sí. Ninguno se quemaba. Y hielo, hielo después sobre la piel de gallina. Un contraste agudo, sensual. Hay que añadir eso también y… Un ruido procedente del dormitorio la sobresalta. Luis debe de haberse despertado. Al principio tenía que ayudarlo a trasladarse a la silla, pero ahora logra hacerlo solo. La avergüenza que pueda sorprenderla mirando aquello sin él. Va a tomarla por loca. Apaga el vídeo ante lo que quizás no haya sido más que una falsa alarma. Cuántas veces no habrá sentido él lo mismo durante todos los años en que sus fantasías eran un secreto incomunicable, reservado a las horas de la madrugada. Guarda la cinta y se dirige a la cocina a hacer café. Mientras la cafetera silba piensa en lo verdaderamente difícil, y que ha ido dejando de lado: cómo plantearle su proposición, en qué términos, con qué señuelo. Debe concentrarse en el primer contacto. Si falla tendrá que olvidar el asunto. Volver por la tienda no le parece oportuno. Demasiado directo, demasiado expuesto. En realidad, no sabe de Belén más que su nombre y la

inquietud sexual que le supone. Una llamada sería más aséptica. La telefoneará a la tienda y le preguntará si quiere que se vean para charlar de las cosas que tienen en común, tiñendo de un equívoco matiz cada palabra. Si acepta sin más es que está interesada, sean sus gustos cuales sean, y pasará a la segunda fase. Si pone pegas, si se sorprende o se indigna, pues cuelga y Santas Pascuas. La alivia haber tomado una determinación. Luis ya está despierto, le oye trastear en el estudio. Sirve el café en dos tazas.

24

Me fastidian los Domingos de Ramos. Los detestaba ya de niña cuando mi madre me hacía estrenar vestidos que no quería ponerme. Añaden a la melancolía inmanente a cualquier domingo la alegría generalizada, lo que los hace más melancólicos aún. Al principio de la facultad, con Juanjo y otros amigos salíamos desarrapados adrede, sólo por llevar la contraria. Aquel amaneció nublado y me alegré, vengativa. Hacía un viento tan revoltoso que podría haber desmelenado a la Borriquita, si hubiera salido, cosa que no hizo, porque empezó a llover a mediodía. Entonces me dio pena, por los niños. A pesar de que también los detesto, tan egocéntricos y ruidosos. Por la tarde dejó de llover y ya de noche oí cornetas y tambores y lejanos compases de la marcha de la Amargura, extendida como un manto en el aire de la ciudad. Yo no puse un pie en la calle, que debía de ofrecer a los ojos de un observador sideral el panorama de un hormiguero enloquecido. Al día siguiente me levanté temprano y decidí ir a la piscina, confiando en que Héctor no estaría allí también por la mañana. No quería encontrármelo, necesitaba estar sola. Felizmente no estaba. No me resultó fácil coger el ritmo, pero al fin los músculos recobraron su hábito ejercitándose inconscientes, orgánicos, como la respiración. Me sentía muy lejos y al mismo tiempo prisionera, de la ciudad, de mí misma. En dos meses se acabaría el curso y con él mis estudios, que no quería prolongar. Después iría a París a ver a mi padre y todo lo demás lo ocupaba el increíble vacío del futuro. Me sentía como una nube varada en el cielo, como una cometa a punto de desprenderse del hilo. Por la tarde fui al trabajo. Era la única en que abriríamos. Dedicaría a estudiar el resto de la semana.

Algo que no había hecho en meses. Había mucho gentío, el ambiente de efervescencia de las grandes ocasiones. Al principio no paré de atender a señoras que se apresuraban a elegir algún nuevo modelo que lucir durante la semana, pero conforme se ponía el sol y en las calles la masa se iba volviendo más compacta, la tienda se iba vaciando hasta que me quedé sola. La entrada al sex–shop parpadeaba con obsceno neón ante la indiferente muchedumbre que iba y venía, llamando la atención de pandillas de adolescentes que se detenían un momento para lanzar grandes risotadas y de algunos réprobos que, confundidos en la multitud, aprovechaban para deslizarse por aquellas puertas infernales. Entonces sonó el teléfono y mi jefa me dijo que me pasaba la llamada de una clienta que había preguntado por mí.

—¿Eres Belén? —Supe al instante que era ella, y todo mi ser se puso alerta con una mezcla, como la que había en su voz, de inseguridad y arrojo—. Soy la que compró el otro día un traje negro. No sé si me recuerdas.

—Claro que sí. Le estaba muy bien. ¿Ya no le gusta?

—Sí, sí. No te llamo por eso.

—¿Ah, no?

—No. Te llamo porque me quedé con la sensación… de que tenemos algo en común. Me gustaría hablar contigo. No sé. Creo que… podríamos…

Se quedó cortada, pero aquello superaba mis expectativas. ¡Qué directa! Le ahorré la penosa tarea de reanudar la conversación, diciéndole que por supuesto, que no había ningún problema. Respiró aliviada por no tener que explicarse mejor. Quedamos para el día siguiente, Martes Santo, a eso de las seis, antes de que la gente se echara a las calles, allí mismo, en el café frente a la tienda, donde me había sentado a espiarla no hacía ni dos semanas. Al colgar, sentía la expectación del cazador que tiene a tiro la presa, aunque, bien mirado, en este caso la presa era yo.

Cuando llegué me aguardaba en la terraza. La saludé con un hola, sin que se levantara ni mediara ningún contacto físico entre nosotras, y me senté frente a ella. Estaba muy guapa, observándome desde detrás de unas gafas de sol que me impedían verle los ojos. Percibí ciertos signos de nerviosismo, el rictus de una sonrisa que

no acababa de declararse, la agitación de la cucharilla en la taza de café. Yo estaba muy tranquila, como estudiante que asiste a una lección sin más deber que oírla atentamente. La maestra era ella y le correspondía la presentación del curso. Me dijo su nombre y, movidas por un común impulso de cortesía, nos sonreímos y nos estrechamos la mano. Ninguna quería que aquello, parara en lo que parara, fuera innecesariamente difícil. La aparición del camarero introdujo una oportuna pausa. Claudia tenía el café por la mitad, pero lo echó a un lado y pidió un gin–tonic. Yo pedí un cortado.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó de pronto.

—Veinticuatro —contesté echándome unos meses de más, los que faltaban para que los cumpliera.

—¿Y hace mucho que trabajas aquí? —Señaló la puerta cerrada de la tienda, ante cuyo escaparate se había detenido una pareja estrechamente enlazada.

—No, sólo este curso.

—¿Estudias en la universidad?

—Sí. Estoy en quinto. Acabo este año.

No me preguntó de qué, no parecía importarle. Tan sólo le interesaba calibrar la confianza que podía depositar en mí. Estuve a punto de decirle que nos dejáramos de tonterías y me dijera qué deseaba de mí, pues siempre que no fuera peligroso o repugnante yo lo haría con gusto. Por curiosidad, por probar, porque la admiraba. Mientras hablábamos de cosas anodinas, midiéndonos subrepticiamente, deduje que lo que me atraía de ella no era tanto su incuestionable estilo, tanto o más que el de mi madre, sino una cualidad que lo distinguía, una especie de temple o madurez que suponía basada en la asunción de las cosas de la vida y en la decisión para afrontarlas, virtudes que mi madre, una escapista nata, jamás adquiriría. No le dije nada de eso; sin embargo, aprovechando que había enmudecido, le pregunté a mi vez si estaba casada. No lo hice porque le viera la alianza, le miré las manos después de hacerle la pregunta. De alguna manera sospechaba que, a pesar de todas mis elucubraciones, aquella señora tan burguesa lo que tenía era un *affaire* conyugal. No me contestó al principio, en realidad no me contestó, soslayó la pregunta como mujer muy capaz de dejar de lado cualquier solicitud inoportuna sin un

pestañeo. Prosiguió en términos vagos y aludió sin precisar a esas cosas que nunca has imaginado que harías pero que cuando las circunstancias te llevan a hacerlas, no las encuentras tan desagradables o extrañas como pensabas. Cosas que podían gustarte incluso. Algo así le había pasado a ella con su marido. Lo dijo con toda naturalidad y siguió hablando; no obstante, la interrumpí deseosa de establecer el triunfo de mi perspicacia.

—Por eso vas al sex–shop, ¿verdad?, para llevarle películas.

Se quedó callada un momento y antes de responderme se quitó las gafas.

—Y tú, ¿a qué vas tú?

Dudé entre decirle la verdad o contarle una trola, pero no resultaba fácil ninguna de las dos cosas, quizás porque en mi propia cabeza estaban mezcladas. Insistió:

—Si has sido tan sagaz para adivinar mis intenciones, seguro que puedes explicar las tuyas.

Yo me había acabado el cortado, ella apenas si había tomado dos sorbos del gin-tonic. Como estaba muerta de sed, le pedí un poco. Me alargó el vaso gustosa de compartirlo, le agradaba esa muestra de intimidad, de cercanía. Además, no estaba acostumbrada a beber y temía marearse si lo bebía sola. Tomé un buen trago y gané algo de tiempo. La tarde estaba radiante y el sol destellaba en las sonrisas de los niños que pasaban de la mano de sus padres y señalaban, entre miedosos y alegres, a los penitentes que, de cuando en cuando, de uno en uno, aparecían entre la gente camino de las iglesias para comenzar las procesiones. Me decidí por la verdad porque nada me parecía plausible y porque cualquier mentira que inventara tal vez fuese más reveladora que los propios hechos. Le conté cómo desde hacía meses veía desde allí arriba entrar y salir del sex–shop a hombres de todas las edades y la más variada condición, pero a ninguna mujer, al menos sola, sin el novio ni el grupito de amigas, hasta que la vi a ella, un domingo que estaba abierta la tienda. Describí lo mejor que pude la curiosidad que me había inspirado para explicar cómo al domingo siguiente había aguardado sentada en aquella misma terraza a que apareciera de nuevo. Permaneció silenciosa, sopesando cuanto acababa de confesarle, quizás decepcionada porque no era esa la imagen que se

había hecho de mí. No sé por qué, como reacción a su desconcertado mutismo, me puse a hablarle de Héctor. Tal vez porque quería demostrarle que me tomaba los juegos en serio, también porque tenía que contárselo a alguien. En realidad buscaba su aprobación, su estima, y le brindaba mi secreto para que ella terminara de entregarme el suyo. Me oyó con una sonrisa ladina, obviamente interesada, mas sin interrupciones. Tampoco añadió comentario alguno cuando concluí mi pequeña historia. Siempre tuve ventaja sobre Héctor, pero ya no tenía ninguna sobre ella; me había puesto en sus manos.

25

Desde la silenciosa cumbre de su terraza Luis contempla la hilera de diminutas lucecitas que cruzan el puente a oscuras. Han apagado las farolas y las parpadeantes llamas de los cirios semejan un cortejo de luciérnagas volando sobre el río. Todo parece tan pequeño, tan de juguete desde allí arriba. No llega hasta él el atronar de los tambores ni los gritos de las gentes; lo envuelve una extraña calma, como si ya no estuviera sobre la Tierra y mirara a la ciudad desde la propia faz pagana y compasiva de la Luna. Es Miércoles Santo. Claudia ha estado fuera toda la mañana, entregada a algún enredo que prefiere mantener oculto. Por la tarde se ha comportado de manera extraña, hablándole como en clave, con insinuaciones que no sabe muy bien a qué conducen. Sin venir a cuento ha mencionado en varias ocasiones a la muchacha que encontró en el sex–shop. Al parecer ha vuelto a verla de manera inesperada y se han hecho como amigas. Dice que va a invitarla a casa. Sólo le ha faltado guiñarle el ojo. ¿Qué es lo que pretende, un *ménage à trois?* ¿Hasta dónde está dispuesta a llegar? Qué más da. Se siente tan despegado de las cosas que ni a eso puede darle importancia, aunque la actitud de Claudia le sorprende y hasta debería asustarle. La reclusión en la que viven, única forma en que la existencia le parece posible, a ella le pesa como una losa. No lo manifiesta, quizás ni siquiera lo sabe, pero es así. Luis no ignora que el amor comporta siempre una lucha de voluntades y que entre ellos se ha declarado un combate sutil en el que el sacrificio es un escudo y el sexo un arma. ¿O es al contrario? Juegos de palabras que en nada alteran el hecho de que Claudia lo da todo por él y que no puede corresponderla. Aunque ella piensa que sí, y es obstinada.

Dentro de pocos días, el sábado, cumplirá cuarenta años. A veces, por capricho de la brisa, le llega alguna ráfaga de ruido y perfume. Entonces cierra los ojos y procura ahuyentar cualquier pensamiento.

Entretanto, allá abajo, a los pies del puente que se cimbrea sosteniendo a la muchedumbre, en el Paseo de la O, lleno ahora de grupos de jóvenes que fuman canutos y beben cerveza, Héctor también quisiera prohibirse el pensamiento. Arrancarse a Belén de la cabeza, aunque fuera cercenándola, pero eso no sería suficiente. Tendría que castrarse también para olvidarla y extirparse después el corazón. En ese mismo lugar, hace tan sólo unos días, hace un abismo, leyó en sus ojos que no volverían a verse. Y todo su ser se subleva frente a esa pérdida. Ha jugado con él, cruel como una arpía. Quisiera apoderarse de ella y obligarla, raptarla tras entrar en su casa furtivo como un ladrón, tenderla narcotizada en su cama, vengarse de su desdén. Repasa una y otra vez las conversaciones que mantuvieron, en busca de una señal que lo lleve hasta ella, pero en vano. ¿Cómo encontrarla? Se conformaría con mirarla, no pide más si ruega; y si sueña, lo quiere todo. De continuo llegan motocicletas estridentes, y lo agreden los chillidos y risotadas de las niñatas, en rudo contraste con la pretendida solemnidad de la procesión, allí encima. Si tuviera un puño gigantesco de hierro los aplastaría, los aplastaría a todos. Esperará a que se vayan, esperará a quedarse solo en la pequeña plaza, con el solitario álamo y el banco de piedra porosa, de hierro frío. Cerrará los ojos para sentir el dulce peso de Belén, para volver a ver su rostro cuando se corre sentada sobre su polla.

26

No me sorprendió que Claudia viviera en la torre de los Remedios. Le pegaba, tan burguesona. Después de nuestra conversación, que se alargó hasta un segundo gin–tonic, no habíamos vuelto a vernos pero hablamos por teléfono en dos ocasiones. Llamó ella, más que nada para asegurarse de que no me echaba atrás, y para darme consejos, o debería decir instrucciones, acerca de mi higiene íntima, así lo llamó. Debía ir con poco pelo, no era preciso que me afeitara, sólo que redujera la hirsuta cabellera púbica hasta dejarla corta y lisa, suave como la primera barba en la mejilla de un adolescente, césped recién cortado. Lo hice poco antes de salir a su encuentro, poniendo frente a mis piernas abiertas el espejo redondo, de aumento, que uso para depilarme las cejas. No me lo había cortado jamás y tenía mucho pelo, ensortijado y áspero. Había apagado la luz del cuarto de baño, demasiado blanca, demasiado diáfana para aquel rito tan turbador, y me alumbraba el foco de un flexo que proyectaba su círculo de luz amarilla desde el ombligo a los muslos. Miré mi sexo reflejarse engrandecido bajo la espesa pelambre y me pareció exótico y ajeno. Fui estirando los negros y enmarañados rizos, cortándolos con cuidado con las tijeras, cada vez más corto, reduciendo así su salvajismo natural, domesticándolo, como el corte de pelo de las novicias cuando van a entregarse a Dios, aunque yo me entregaba a una diosa. Cuando terminé, pasé la mano por mi sometido monte de Venus, ahora tan inocente y placentero. Mi particular Afrodita me había prohibido cualquier tipo de perfume, incluso desodorante, por aséptico que fuese. Tampoco debía llevar ropa interior, ella iba a comprarla para mí, me preguntó mi talla. También mi número de pie, lo que me

preocupaba un poco, pues no estaba habituada a caminar con tacones. Me puse una falda estrecha que me había regalado mi madre y una blusa en la que la desnudez de mis pechos no resaltara demasiado. Tampoco debía maquillarme, aunque yo casi nunca lo hacía, pero al mirarme al espejo antes de salir, con la cara tan pálida, me encontré más insulsa que hermosa. No hacía más que pensar en cómo sería él, acaso gordo o burdo. No, no es así, me decía a mí misma. Seguro que es guapo, quería que lo fuera, quería que me gustara y gustarle yo, aunque a ella le doliera un poquito, mejor si le dolía un poco. Así cada una tendría su pequeño sacrificio. ¿No iba yo de víctima? Las calles estaban casi vacías. Era Sábado Santo, día de la Soledad. Las playas estarían llenas de los pecadores de días pasados que, ahora sí, en el bienestar de la brisa y el sol encontraban una absolución definitiva. República Argentina me pareció la arteria sin sangre de alguna lejana metrópoli. Fui puntual y nada más pulsar el telefonillo oí su voz, un escueto: «Sube».

Me esperaba en el umbral de su puerta cuando salí del ascensor y, tras darme dos besos nerviosos, me condujo con cierto sigilo a un vestidor espacioso y coqueto, con armarios de pulida madera, una luna de cuerpo entero y un tocador antiguo con espejo ovalado. Él se mantenía al margen, en otro punto de la casa, afilando sus colmillos. Por un momento se me pasó por la cabeza que a lo mejor ni existía y que me encontraba con una desequilibrada dispuesta a representar un teatro para un fantasma, presente pero invisible. Claudia procuraba mantenerse serena, aunque debía de batirle el corazón a más de cien. Una copa de coñac reposaba en el mármol del tocador, junto a un borlón y una polvera. Siguió la dirección de mi mirada y se disculpó sin necesidad. Sólo había tomado un sorbo, aquello era difícil para ella, muy difícil. «Lo quiero con toda mi alma», añadió. Yo lo sabía, o lo suponía, pero oírselo decir tan apasionada y repentinamente me conmovió. La abracé, tenía ganas de romper el hielo, de sentirla. Llevaba una bata muy elegante, de estampado japonés, tenía pecas en el escote, más arriba de las tetas que yo apretaba sin lascivia con las mías. Tampoco llevaba

perfume, pero olía muy bien, a leche tibia. Se quedó rígida al principio, pero su indecisión no duró mucho y correspondió a mi abrazo echándose medio a llorar, medio a reír sobre mi hombro. Por un momento fue como si hubiéramos cambiado los papeles, pero se repuso y me miró, su cara a un centímetro de la mía, arrebolada por la excitación, con brillo en la mirada entusiasmada y cómplice. Tomó mi barbilla entre sus finos dedos y me dio un ligero beso en los labios. Después sonrió pícara como una chiquilla y me cogió de la mano para llevarme al cuarto de baño contiguo. Me había duchado antes de salir, pero no me importaba volver a hacerlo. Me miró mientras me desnudaba, de pronto seria, atenta. Me daba vergüenza mostrarme ante ella, me atemorizaba su opinión y, tras la blusa, me desprendí de la falda con cierto embarazo; sorprendí en su rostro una sonrisa imperceptible cuando comprobó que no llevaba bragas y que mi coñito estaba recortadito y pelado, como musgo. Sonreía porque aquello validaba su dominio sobre mí, estaba decidida a ser como ella quería que fuese, a secundarla en sus propósitos, a servirla. Confiaba en que se ducharía conmigo, ambas dispuestas a mil diabluras, pero echó la cortina, dejándome aquel momento de intimidad para que respirara hondo mientras el agua caliente caía sobre mi cabeza. Tenía entonces el pelo corto. No me molesté en enjabonarme. Me esperaba con una toalla amplia y suave en la que me envolvió por completo, mientras me decía al oído que era muy guapa, más de lo que parecía. Me secó el pelo y se le abrió la bata, dejándome ver sus pechos blancos, pequeños, pero con los pezones estirados y grandes. Aspiró hondo en mi cuello cuando me abrazó por detrás.

—Qué bien hueles, qué fresco. Me das envidia. Voy a ducharme yo también. Curiosea si quieres.

Y sentí la ligera palmada y la leve presión, empujándome, de su mano en mi culo. Un hombre me habría dado más fuerte, pero no hubiera sido más posesivo. Ella también deseaba estar sola un momento, cerrar por un instante los ojos ante el vértigo de aquella aventura. Dejé la toalla y volví desnuda al vestidor. Las paredes estaban cubiertas de un raso amarillo que contrastaba con el castaño claro de las puertas de los armarios. Había demasiada luz. La apagué, y el cuarto quedó iluminado por los focos del tocador,

que evitaban reflejarse en el espejo proyectando dos haces oblicuos hacia arriba, donde flotaban confundidos para caer como polvo dorando la penumbra. Tomé la copa olvidada y le di un buen trago. Me sentía bien allí, en aquella gruta tan femenina, como si estuviera dentro de un útero nutriente. Sentada en el sillón, forrado del mismo color que las paredes y que el escabel a sus pies, contemplé mi reflejo con agrado, una mujer joven de pelo corto y mirada traviesa con una copa grande de coñac entre las tetas. Sentí su presencia antes de verla en el espejo, a mis espaldas. Traía el pelo recogido en una toalla azul como el albornoz que la cubría. Se inclinó sobre mí, acariciándome los hombros, y puso su rostro frente al mío. Era hermosa, muy hermosa, éramos hermosas las dos, tan distintas. Las cualidades de cada una, su belleza, mi juventud, se complementaban realzándose la una a la otra. Parecíamos un camafeo pintado por David Hockney, o rostros de Al–Fayum, increíblemente antiguas y actuales, en un instante fuera del tiempo. Me dio un beso en la mejilla, lo que rompió aquel hechizo. Se irguió y su rostro quedó en sombras, sus manos recorrían mi cara como quien acaricia y valora un objeto precioso. «Sólo te pintaré los labios», dijo con su voz algo pastosa, madura, quitándome la copa de las manos para beber ella también algo más que un sorbo. Después me besó, dejó en mi lengua un poco de ardiente licor. Probó varios tonos de color antes de decidirse por un bermellón que aplicó levemente, y aun así resultaba muy poco discreto, pues parecía hincharme los labios, apenas se veía otra cosa en mi cara. Ella, sin embargo, lo encontró de su agrado. Pensé por un momento si no querría mostrarme ante él degradada, no como la inocente doncella dispuesta al sacrificio, sino como la putilla deseosa y obscena. Pero aquella aprensión se desvaneció cuando me puso un collar de huesos de azabache en el cuello, cuya frágil negrura apagó un poco el rojo vivo de mi boca y me devolvió mi rostro. Era bello el collar, antiguo, ceñía mi garganta como un obvio signo de sumisión, delicioso. Ella no entregaría a su amante ni cosas ni personas vulgares. Me peinó lentamente con la raya al lado, como un chico. Después se puso junto a mí, con una rodilla en el escabel, y admiró mi cuerpo. «¡Qué bonitos tienes los pechos!», exclamó espontáneamente, y noté que no se decidía a tocarlos aunque lo

deseaba. «Tócalos», le dije, y los tomó en sus manos, sopesándolos, ahuecó sus palmas para apretarlos con suavidad, dejando a los pezones escapar entre sus dedos, los estrechó entre el índice y el pulgar, los estiró mientras yo contenía la respiración con una sensación de extrañeza que no llegaba a ser dolor ni placer. Cuando los soltó exhalé un suspiro. La seguí con la mirada, llevaba el albornoz puesto todavía, y se puso a hurgar en los cajones de uno de los armarios. No había prisa, él podía o sabía esperar. Ahora estábamos solas, como si él no existiera, en una cámara infranqueable y secreta de la que salir transformadas por efecto de una coqueta alquimia para mostrar en primer plano lo que llevamos siempre oculto, la oruga del sexo convertida en mariposa. Me gustaba cómo se movía, cómo se agachó, doblando juntas y de lado las piernas para coger algo de abajo. Yo jamás lo haría con tanta delicadeza. Volvió con unos zapatos y unas medias. Me las puso ella misma, primero la derecha, una mano extendiendo la fina envoltura de seda por el empeine, la otra por el talón, las dos por toda la longitud de la pierna hasta el final, con la ancha liga apretando el muslo, luego la izquierda. Las medias eran blancas, virginales; al contrario, los zapatos, pecaminosos y negros, permitían caminar sobre agudos y domesticados falos. Me calzó con una rodilla en tierra, como un caballero frente a su dama. Mis pies, más bien grandes, reposaban en el escabel y encajaron con dificultad en su incómoda prisión. Me sostuve, sin embargo, sobre ellos con relativa facilidad cuando me incorporé. Ella seguía semiarrodillada, mirándome, calculando el efecto que provocaría. Debió de encontrarme sosa o quizás mi desnudez era un plato ofrecido demasiado pronto. Me hizo levantar un pie y luego el otro, en difícil equilibrio sobre aquellos zancos, para introducir entre mis piernas unas braguitas de encaje de primorosa blancura, que mostraban más que ocultaban, cuyo roce exquisito sobre el sexo y las nalgas era ya por sí solo una caricia. Me puso unos guantes cortos, blancos, de rejilla, una delicada red de hilo cubriendo mis dedos, mis manos, cerrada por una cinta de encaje justo en las muñecas. Después me hizo caminar; los pies, entumecidos, ya no me dolían pero temía caerme a cada paso. Me colocó ante el espejo y me examinó sin decir palabra. Me faltaba algo, el toque final, maestro. Rebuscó en

un joyero y volvió con una perla solitaria y ovalada como una lágrima, que engarzó en el collar de azabache. Me miró, al parecer ya satisfecha. En el fondo de la luna, con la habitación en penumbra, se reflejaba desdibujada mi imagen, más alta, ajena, una muñeca hermosa y pasiva.

La miré mientras se maquillaba, arrodillada a sus pies. Fascinada por la habilidad con que afilaba los ángulos de su rostro, una actriz adoptando los rasgos de su personaje en un momento de suprema concentración. La media melena de pelo rubio y fino recogida en un moño, el cuello frágil como delgado vidrio sosteniendo la flor de su cara. Se levantó y dejó el albornoz sobre el sillón. Tenía ante mí sus torneados muslos, su vello púbico recortado como el mío, pero de color más claro y más suave también. Tuve que tocarlo con mis dedos cubiertos de blanca rejilla. Ella, tras consentirlo un momento, rechazó el contacto y me indicó que me alzara. La ayudé a ponerse el corsé, negro, satinado, con frunces negros y lazos azules que apreté hasta espigar su cintura, lo que realzó sus orgullosos pechos de endurecidos pezones. Puso un pie sobre el escabel y me incliné de nuevo para ponerle las medias de negra seda con delicados dibujos en los tobillos, hasta prenderlas en las tensas tiras del liguero, un breve chasquido en cada metálico cierre. Botas después en lugar de zapatos, con tacones de metal más altos aún que los míos. Los guantes, de la misma tersa negrura que el resto de su ropa, le llegaban por encima del codo. Encajé uno a uno los dedos largos y finos. Los pasó por mi cara mientras me miraba con una sonrisa indefinible ante la que bajé humildemente los ojos. Se había transformado en la *dominatrix* que habitaba las fantasías de su incógnito marido, sacerdotisa de su rito mientras que yo era la corderita que sacrificarían en el altar de su común lujuria. La función iba a comenzar. Estaba excitadísima. Un jarro de agua fría cayó sobre mí cuando Claudia se me acercó con un antifaz ciego, como los que se usan para dormir de día, dos alas de mariposa para cegar mis ojos. Le rogué que no lo hiciera, se lo pedí por favor. No me hizo caso y ante su tono autoritario bajé la cabeza. Aseguró el elástico sobre mi nuca y quedé en la más completa oscuridad. No veía nada, la oía moverse a mi alrededor, disfrutando de la ventaja que le confería el desvalimiento en que acababa de ponerme. Me

acarició sabia y leve, sus enguantados dedos recorriendo mis costados o trazando círculos en torno a mi ombligo. La sorpresa y la invidencia multiplicaban mis sensaciones. «¿Ves?, es mejor así. Lo sentirás todo más», me dijo en un susurro mientras sus manos bajaban como dos arañas por mi espalda para tomar posesión de mi culo. Se desprendió y con un «ahora vuelvo» me dejó sola por dos o tres largos minutos. Sus pasos se alejaron, todo quedó en silencio, los oí regresar con alivio. Uno de sus dedos, ahora sin guante, rozó mi labios y dejó en ellos algo muy dulce, miel, lo chupé golosa hasta dejarlo limpio. Después untó de miel mis pezones. Oí correr el agua del lavabo, el repique de sus tacones. «Harás todo lo que yo te diga». No era una pregunta, sino una afirmación. «Y si no lo haces, te castigaré. Creo que te castigaré de todos modos… A él le gusta», añadió, mientras me mordía la oreja en la que susurraba. Un azote, ahora fuerte, sobre mi culo cubierto de encaje, que soporté con un leve quejido. «Pero no te asustes, no te haré daño». Sujetó algo en mi pelo, con horquillas, no podía adivinar lo que era. Oí su risa, se reía de mí y me sentí ridícula. Le pregunté qué me había puesto pero me hizo callar, me dijo que estaba muy guapa. Me mordí los labios en silencio. Convencida de mi docilidad, tomó mis dos manos en una de las suyas, enguantada de nuevo, y me sacó de la habitación, haciéndome caminar tras ella a oscuras.

27

Entre los cuarenta y la muerte. Luis lleva todo el día paladeando la humorística amargura de esa frase oída no sabe cuándo ni a quién. Entre la invalidez y la muerte, añade. Su cumpleaños le ha puesto más melancólico aún que de costumbre. Tiene desplegado ante sus ojos el mapa que Claudia le ha regalado por la mañana. Una vuelta al mundo. Tan de su gusto que parece pensada para él, aunque sea el periplo aventurero de otro hombre hace ciento cincuenta años. Un hombre calzado de recias botas para caminar puertos de montaña o de mar, senderos que ignoran el motor, rocas que sólo pisan los pájaros. «Es nuestro viaje», le dijo al entregárselo por la mañana, «no contestes ahora. Piénsalo. No hay nada imposible». Claudia se equivoca, hay tantas cosas imposibles… No lo es coger un avión hacia cualquier parte, llegar a un aeropuerto, tomar un taxi, recorrer una ciudad, para nada de eso es un impedimento una silla de ruedas. Sí para todo lo demás. En la línea roja que, sobre el envejecido papel, enlaza los lugares más hermosos del orbe no ve sino una suma de indignas incomodidades, de humillaciones sin cuento. Sólo la larga navegación transoceánica le parece soportable, dar la vuelta a la Tierra huyendo de la tierra, en la ilimitada e inhumana extensión del gran mar. Se imagina en la cubierta de un buque, absorto en la contemplación de solemnes y grises olas. Si pudiera leerle el pensamiento, Claudia sonreiría al comprobar que ha logrado sembrar en el barbecho de su alma la semilla de un deseo. Aguza el oído por si llega algún sonido del otro extremo del piso, donde está escondida con su amiga, preparando el segundo regalo que le ha prometido. En su afán por demostrarle que no hay nada imposible ha traído a casa a otra mujer. Y no es

una visita normal, eso está claro. Adivina por sus insinuaciones que quiere montarle un número como los que ven tan a menudo en el vídeo, como los que desde muchacho ha imaginado masturbándose tantas veces, sin la más mínima pretensión de que se hagan realidad. Aguarda con curiosidad y algo de miedo. Temor a que él le resulte ridículo, penoso, a la desconocida, cuyas acciones no puede prever y que quizás sea una perturbada, aunque quizás lo haga por dinero, ¿cómo, si no, la ha convencido Claudia? Teme también por ella, le asombra que soporte verlo con otra. Si es que lo soporta. Él desde luego no podría, o quizás sí. Comprende sus motivos, los comprende demasiado bien. Incluso aquellos en los que sólo cuenta ella misma, su sensualidad recién descubierta, la pasión que la posee. Tal vez lo que le corresponda sea limitarse a mirar, espectador de una función dispuesta en exclusiva para él, pero en la que participar le esté prohibido. Pero no está dispuesto a eso, si juegan tendrán que jugar todos. Por fin oye un repique de tacones y se vuelve con una sonrisa escéptica y los ojos hambrientos, preparado para encarar lo que sea.

Claudia trae en una mano una delgada fusta de paseo, cuyo ancho remate parece una lengua de cuero, y en la otra a Belén, cegada, con una pluma negra y sedosa enhiesta sobre el pelo, inclinada hacia delante con las dos manos sobre la suya, aferrándose a su único asidero en la tiniebla, completamente a su merced. Una certera imagen de desvalimiento y entrega, más efectiva, por menos tópica, que si la llevara atraillada como un animal. Es conmovedor. Claudia sonríe burlona y soberbia, segura de su dominio sobre la situación, sobre la dócil Belén, sobre la creciente erección de un estupefacto Luis que las mira sin acertar a decir una palabra. Se detiene en el centro del cuarto, pero hace avanzar a su prisionera unos pasos para dejarla sola frente a él. Después la abraza por detrás, apoyando la barbilla en su hombro para observar a su marido, mientras toca con una mano los pechos y el vientre expuestos, la cara, y acaricia los ojos bajo el antifaz, la nariz, los labios, entre los que introduce el dedo corazón, que Belén chupa como una niña un helado.

«Las manos a la espalda». En el asombrado silencio la voz de Claudia suena calmada, sin énfasis, pero con irresistible autoridad. «No, así no. Tocándote los codos. Así». De ese modo Belén endereza la espalda, levanta los pechos. Le pone la fusta bajo la barbilla, alzando también su cara. «Esta es Belén, mi amiga, mi esclava por esta noche. Mía, no tuya, aunque puedo compartirla contigo». Lo mira pícara, segura de su excitación, con la sartén por el mango. Él va a decir algo pero se lo impide; por el momento debe callar y mirar. «De rodillas», ordena a una trémula Belén que duda por un instante pero obedece. «A cuatro patas. Ahora gatea. ¡Así no!». La lengua de la fusta medio acaricia, medio golpea una nalga. «Arqueando la espalda. Eso es. Balancéate, así, insinuándote, muy bien. Basta». Luis contempla fascinado el lento y felino avance, detenido ante el diván en el que suele tumbarse a leer, ahora ocupado por el cuerpo bronceado y esbelto, tendido boca abajo, la delicada espalda estrechándose en la cintura hasta ensancharse en las suaves curvas de las caderas, alargándose para elevarse en la dichosa prominencia de mapamundi del trasero. La fusta recorre ese mismo camino, una caricia lenta, suave, desde la nuca por toda la columna, sobre las bragas de encaje, entre las cachas. Claudia le ordena que separe las piernas, que levante el culo. La vara flexible entre las piernas roza el chochito, separa sus húmedos labios, arranca un suspiro al presionar el clítoris, hinchado ahora ante el compacto lametazo del remate de cuero que se alza bien alto para caer sobre la base de las nalgas con un picotazo y un chasquido. Belén lanza un ¡ay!, breve, más de sorpresa que de dolor. Vuelve la cara aunque no puede ver nada. Se abandona aún más, culebreando por la excitación, exhibiéndose con deleite ante Luis, del que sólo percibe la cercana respiración, que no la ha tocado todavía. Un segundo antes de que Claudia se lo ordene levanta el culo de nuevo y de nuevo la fusta incrusta el encaje en la raja, se desliza dura por ella, y la ancha lengua al final le lame otra vez entero el coño. Y ya espera el azote, que llega también en medio pero más arriba, más fuerte. No se queja aunque se muerde el labio inferior, detalle que a Luis, que la observa atentamente, le provoca una erección ya decidida e indubitable. Claudia, fascinada, poseída por su papel, maneja la fusta con imprevisto deleite, gozando del poder de causar

placer y dolor a su antojo. Enteramente dueña de sí misma y de la situación, repite una y otra y otra vez la caricia y el azote, variando la porción de deliciosa carne donde lo propina, a izquierda, a derecha, al través. La grupa se humilla a cada golpe pero, cada vez más dolorida y caliente, se alza de nuevo desafiante. Belén casi no distingue ya el escozor del gusto, el suspiro de la queja, nota que su flujo empapa el encaje, aprieta los dientes, contrae las nalgas, y para su alivio esta vez son las manos de Claudia las que descienden sobre ellas y estrechan las bragas para dejarlas al aire, mejillas de tersa y roja piel de manzana. La deja así por un momento para tomar la pluma aún prendida en el pelo. Luis aprovecha ese instante y toca el ruborizado culo, acariciándolo con hondo deleite. El contacto de las manos grandes, de hombre, frías sobre el fuego de su piel, pone a Belén a cien. Oye con rabia cómo Claudia lo riñe y él ríe, pero la obedece y deja de consolarla con sus sabios dedos. Belén quiere que siga tocándola, y está a punto de rebelarse cuando la pluma, al cosquillearle en el costado, la obliga a retorcerse y a reír a su pesar. Claudia también le riñe mientras la tortura con cosquillas o la alivia con el suavísimo y fresco roce de la pluma sobre las azotadas nalgas, la llama putita desobediente y niña cochina y levanta la estrujada tira en que ha convertido las bragas para hurgar con la punta en el prohibido orificio, lo que lleva a Belén a mover frenética el culo, a agitarse toda ella como una descosida. Imperiosa, le ordena que se vuelva. La miel se ha secado sobre sus erguidos pezones, su coño rezuma bajo el mojado y tenso encaje que Claudia acaricia y pellizca, uniendo los labios de la vulva, antes de apartarlo a un lado para cosquillear la entrada de la vagina y el clítoris con la punta de la pluma, riéndose como una chiquilla ante los estremecimientos que arranca a las caderas de su rendida víctima, replicando burlona a las súplicas que ninguno de los tres, ni siquiera Belén, sabe si son para que se detenga o para que siga. Le dice entre arrullos tontita y gatita, chasquea la lengua contra los dientes tal si reprendiera a un niño caprichoso, divirtiéndose de lo lindo ante los morritos que pone Belén, incapaz por la excitación y la ceguera de controlar sus facciones. «Bésale los pechos, ya verás», dice magnánima a Luis, al que ya le resulta difícil seguir de mirón y que, sin pensárselo dos veces, se inclina sobre el torso que se eleva

a su encuentro. Besa reverente y delicado un pezón, pero al notar el sabor de la miel lanza un quejido o un ronroneo que le sale de las entrañas mismas, del recóndito laboratorio que no deja de hincharle de esperma los huevos, y lame goloso una teta y la otra a lengua llena, haciendo crecer más y más la temperatura de Belén, que se pregunta dónde estará su límite. Celosa al ver a su marido disfrutar de ese modo, Claudia arrebata las ya inútiles bragas a su cautiva compañera de juegos y castiga el sexo mojado y culpable con el remate de la fusta, sin darle demasiado fuerte pero tampoco flojo, y los rítmicos y admonitorios azotes sobre el propio centro del placer no disminuyen este, sino que se añaden a la oscura nebulosa de estímulos en la que Belén casi se disuelve. Se relame a punto de exultar cuando Luis, que tanto le chupa las tetas como le muerde los flancos, le toma una mano y la dirige a sus genitales. El guante de rejilla cobra ahora todo su valor. «¡La hostia!», exclama al notar la tupida caricia de hilo amasando suave, muy suave sus cojones, aferrando el tallo que exuda, mientras el pulgar da vueltas sobre el glande, del que se escapan gruesas gotas de leche. Claudia, vengativa, no mide esta vez la fuerza del golpe, y Belén, alcanzada como por una descarga eléctrica, lanza un grito de auténtico dolor y se encoge cubriéndose el coño con las manos. Luis se vuelve con rabia hacia su esposa para lanzarle una mirada de duro reproche que la avergüenza y la paraliza, acobardada ante la furia que encuentra en sus ojos. Después Luis procura consolar a Belén, vuelta hacia él en posición fetal, saltadas las lágrimas. Le habla en tono persuasivo, le dice que no volverá a ocurrir, que se relaje. Subyugada por la voz varonil, responde que no pasa nada, que ya no le duele y da por bien empleado el daño que le permite oírle y hablarle. Ha elevado sin verlo la cara hacia él, que, conmovido, posa en los rojos labios sus labios. Néctar les parece la mezclada saliva, y el aliento, dulce licor bebido en un beso que es un puñal en las entrañas de Claudia, lento y frío, que se remueve en ellas cruel cuando se repite más largo e intenso. La odia. Quiere arrastrarla por el pelo, tirarla al suelo y azotarla sin consideración, como a una perra. Pero sabía que esto iba a pasar y tiene que soportarlo. Fascinada a su pesar, no puede dejar de mirarlos aunque le duele lo que ve. Apenas si se despegan sus labios cuando vuelven a unirse

como si la más breve separación les resultara imposible. Entre tanto, la muy guarra le toca de nuevo la polla. Pero lo peor, lo inaguantable, llega inesperadamente cuando Luis, llevado por un impulso de indefinible ternura, comprende que él tiene que ver sus ojos y mostrarse ante ella, aun a riesgo de que lo rechace, y le quita el antifaz sin que la sorprendida Claudia pueda impedirlo.

28

Lo primero que vi fueron sus tiernos ojos grises. No era guapo, como me había imaginado, un hombre fatal que hace lo que quiere de las mujeres. Oh, no. Era mucho más atractivo que eso. En el pelo negro y corto le espejeaban menudas las canas. En las arrugas de su frente, en la comisura de sus labios, se asomaba una desencantada sabiduría, y los ojos traslucían una desesperada mezcla de compasión y deseo. Una bata de cachemir lo cubría, abierta en medio, dejando ver el pelo rizado de su pecho y la polla aún enhiesta. Sentado en una silla de ruedas. Me quedé sin habla, suspendida por la sorpresa en un largo minuto en que lo comprendí todo, todo encajó como un cuadro puntillista que al fin logras mirar desde la distancia correcta. Fue como el fulgor de una revelación. Comprendí sus actos, sus palabras, sus silencios, su insistencia en vendarme los ojos. Miré a Claudia, admirada de su valor, de un amor tan grande. La sangre había huido de su cara, tenía una expresión ausente pero cercana al pánico, una rodilla apoyada en el extremo del diván, entre mis piernas. No acertaba a hacer ni a decir nada. Él se retrajo al ver mi reacción, mal interpretando quizás la mirada que dirigí a su esposa, noté cómo se alejaba aunque apenas se separara un dedo de mi lado. Me aferré a él abrazándolo, mirándole con entera aceptación a los ojos, ofreciéndole de nuevo mis labios, le supliqué que no me dejara, lo amaba, lo amaba en ese momento con toda devoción, quería su polla ahora más que antes. Vencí su indecisión y me abrazó con fuerza mientras hundía su lengua en mi boca. No me hubiera importado que Claudia me azotase cuanto quisiera con tal de no separarme de aquel beso goloso y ardiente. Pero no fue eso lo que hizo. Se arrojó sobre mí con un grito y, tirándome del pelo, me apartó de él, e incluso trató

de arrojarme al suelo. No llegué a caer del todo; me levanté enrabietada y me abalancé sobre ella. No se lo esperaba y apenas pudo defenderse. La derribé sobre el diván, cayéndole encima con todo mi peso. Yo era mucho más fuerte y, aunque trató de zafarse, se lo impedí sujetándole las manos por encima de la cabeza, aprisionándola con mi cuerpo. Se debatía inútilmente debajo de mí, tratando de desmontarme, pero yo estaba furiosa y la tenía atrapada. Por un momento fue como si estuviéramos follando. Harta de luchar en vano, se quedó completamente quieta para ordenarme que la soltara, pero su autoridad se había desvanecido y en vez de eso apreté cuanto pude sus muñecas, presioné con todos mis músculos, aplastándola, y no paré hasta que con un tono muy distinto me pidió que la soltara, que le estaba haciendo daño, y añadió por favor. Luis, al que habíamos olvidado ambas en el fragor de la lucha, le cubrió entonces los ojos con el antifaz, a pesar de sus súplicas, como las que yo había proferido anteriormente ante ella. Él se mostró igual de inflexible. «Así es mejor, lo notarás todo más», le dije burlándome al oído, aunque era completamente cierto, e hice algo que había deseado hacer desde que la conocí. Mordí fiera su largo cuello blanco mientras Luis se apoderaba de su boca.

Ahora era ella la que estaba en nuestro poder y pensaba devolverle cada golpe con crueles besos, besos que la obligaría a no despreciar. Uno a cada lado del diván, inclinados sobre ella como lobos hambrientos, cruzamos por un momento una mirada cómplice, y él le habló mientras yo bajaba silenciosa por su cuello y su hombro con salaces mordiscos hasta sus pechos, y le susurraba que había sido muy buena pero también muy mala y que merecía por igual castigo y recompensa, y que tendría los dos a un tiempo. Chupé sus pezones uno tras otro, largos, duros, succionándolos, hundiéndolos en mi boca y procurando abarcar entre mis labios sus pequeños pechos; bajé una mano hasta su pulcro monte de Venus, masajeándolo con la palma, gozando de su suave tacto, y mis dedos descendieron aún más, siguiendo la silueta de sus labios, hasta cubrir por entero el mojado coñito con la mano. Trató de sublevarse al notar que no le resultaba indiferente aquel contacto, pero Luis le sujetaba firmemente las muñecas, observándola con atento deleite, sofocando sus quejas, sus negativas, cada vez más débiles, con

mordiscos en los labios y susurros obscenos. Bajé muy lentamente, recreándome en mi acierto, presionando con la barbilla, con los dientes, con la lengua, con los labios, en los puntos que la hacían estremecerse, tocando con la boca el arpa de sus nervios. Posé un momento la mejilla en su flanco, trémulo como el de un animal. Mi mano mientras tanto proseguía el masaje lento y circular sobre su vulva, el dedo corazón a medias hundido entre los labios. Ya no encontraba oposición ni rechazo, se movía rendida a mi ritmo, ondulando las caderas. Entonces descendí sin previo aviso y, abriéndole el chochito con dos dedos, como si se tratara de una flor, lamí su interior de abajo arriba con la punta de la lengua. Tensó las piernas y lanzó un suspiro silbante y hondo. Nunca lo había hecho, pero no me dio reparo ni asco. Dicen que el coño huele a pescado y es cierto porque huele a mar, a mar primigenio, a salada sopa germinal. Lo saboreé y me pareció increíblemente tierno. Lo besé después sólo con los labios, con veneración, y nunca mejor dicho. Al mirar hacia arriba vi la espalda de Luis, su cabeza, que Claudia apretaba contra sus pechos mientras jadeaba exultante en su oscuridad. Sentí una ola de excitación delirante y hundí la boca en su coño, abofeteé con la lengua su clítoris, lo toqué como una campana, jugando con él, repasándolo arriba y abajo al igual que la jugosa vagina. Cada vez más fuerte, más hondo, más rápido, hasta que su mano, como una garra, apretó mi nuca y sus caderas se levantaron en el primer espasmo. Pude oír un grito y un nombre: «¡¡Luis!! ¡¡¡Luis!!!» y un quejido ronco como salido de las cavernas del alma. Sus piernas apretaron mis orejas mientras su coño estallaba y se licuaba en mi boca.

Se relajaron sus muslos, liberándome, su vientre se destensó y se quedó lacia como una muñeca de trapo, satisfecha, exhausta. Luis, que había acompañado como fiel marido el parto de su orgasmo, me miró entonces elocuente y mudo. Me arrodillé ante él, ante su falo congestionado, lo tomé en mis enguantadas manos como la más preciosa y extraña de las flores. Recorrí con la lengua la gruesa vena que ascendía desde los testículos, un río de gusto elevándose a poco de convertirse en geiser. Su glande tenía en mi boca textura de piel de castaña, mi lengua rodeó su corona rugosa, mis labios, succionándolo, bajaron por el tallo y tensaron el prepucio. Una

mano en la base para apaciguar su temblor, la otra acariciándole los huevos. Subí y bajé, introduciéndolo cada vez más hondo en mi boca, paladeando las gotas de semen, mientras se hinchaba aún más, estremeciéndose por momentos con agónica furia. Le oía gemir y blasfemar. Me apartó de pronto con las manos en mis mejillas. «No, todavía no. Ven, ven». Los brazos de la silla podían soltarse para caer a los lados y pude montarlo cómodamente a horcajadas, mis tetas casi a la altura de su boca. Yo estaba tan lubricada y él tan tieso que entró sin ninguna dificultad, ajustado como el cuchillo en su vaina, desenfadado como quien entra en su hogar. Bajé hasta el fondo, dulcemente ensartada, sintiendo su dureza en la piel ultrasensible de la vagina. Me llenaba entera y me contraje para estrujarlo en mi interior. Comencé a moverme, lenta hacia arriba y aún más lenta hacia abajo, él jadeaba, gemía, reunía en sus manos mis pechos y bajaba la cabeza para sorber ambos pezones. Aferró mis caderas acomodándome a su placer, que era enteramente el mío, elevándome hasta dejar dentro sólo la punta, para hacerme bajar después con todo mi peso, deslizándolo dentro, engulléndolo entero, meneando el culo pegado a sus testículos para hundirlo más aún. Yo estaba chorreando de gusto, y poco a poco, y mucho a mucho, el ritmo que habíamos desencadenado se nos imponía y se volvía más rápido. Había olvidado a Claudia, y cuando la sentí a mis espaldas temí que quisiera desbancarme, que se interpusiera entre nosotros, pero por más que ella lo deseara, no fue eso lo que hizo. «¡Fóllatela, fóllatela!», rugió salvaje mientras con una mano azotaba mis nalgas enfebrecidas, que no podían dejar de moverse. «Pero bésame a mí, a mí», le dijo entregándole la boca. Su otra mano bajó entonces compasiva y malvada, apoderándose de mi clítoris, atrapándolo entre sus dedos cubiertos de negro satén. «Puta», me dijo, mientras me masturbaba acompañando el movimiento con que entraba y salía de mi coño la polla de su marido. «Puta», repitió, intensificando el ritmo para acabar cuanto antes, cogiéndome a manos llenas el culo. Su cara junto a la mía ante el espejo de los ojos de Luis, que nos miraban desorbitados. Quería aguantar más tiempo, mucho más, pero mi deseo se volvió incontrolable y un latigazo surgido de la misma base de la columna vertebral agitó mi cuerpo, mi coño se contrajo espasmódico

apretando el falo, que no lo soportó y se empinó violento para después derramarse en un paroxismo. Un fogonazo de placer deslumbró mis sentidos y me derrumbó, gimoteante, sobre su pecho. Él bramaba como si fuera algo más que un hombre, un monstruo semihumano. Claudia nos contemplaba horrorizada y fascinada a un tiempo. Había llevado el juego hasta sus últimas consecuencias, implícitas desde el principio.

Me duché por tercera vez y me vestí lentamente, aunque era escasa mi ropa, a solas en el cuarto de baño. Me encontraba vacía, devastada por dentro, como tras el paso de una tormenta o una inundación. Exhausta, insensible. Me miré al espejo, la cara parecía haberse adelgazado, mis ojos brillaban secos, como los de un insecto, con fulgor mineral; mis labios, lavados, eran de un rosa tan pálido que se confundía con la carne. Me esperaba en el vestidor. Se había quitado los guantes, el corsé, las medias, llevaba otra vez la bata de seda. Un ama de casa burguesa en el santuario de su coquetería. Estaba metiendo en una bolsa todo lo que yo había vestido, las bragas, los guantes, las medias, los zapatos, incluso la perla y el collar. «No quiero volver a verte…», dijo sin acritud, dándolo por sentado, «… y sé que probablemente tenga motivos para estarte agradecida; eso espero». ¿A qué se refería?, me pregunté, ¿a lo que había hecho por él, o a lo que había hecho por ella? Pero me guardé el sarcasmo, no se lo merecía. Creí que iba a decir algo más, un reproche, una queja, pero se contuvo y añadió: «Ten, no quiero que quede nada en esta casa que me recuerde tu paso por ella». Me tendió la bolsa. La miré a los ojos. Ella no quería recordarme pero me recordaría, no sólo por el daño que pudiera haberle hecho, sino por el placer que le había proporcionado. Le dolía haber perdido la partida, pero, por más papeles que adoptáramos, al fin y al cabo era ella la que se sacrificaba, la que deseaba inmolarse ante su dios inválido para devolverlo a la vida. Acepté la bolsa porque había vencido y era mi botín. «Seguro que sabrás darle un buen uso». De nuevo me llamaba puta, pero en un tono más mesurado y despectivo que momentos antes. Me aproximé a ella decidida, como si fuera a golpearla o a besarla; retrocedió un

poco, asustada aunque tratara de no manifestarlo. Nuestras caras estaban muy juntas, y le dije: «Yo te recordaré siempre». No me atreví a besarla, sólo por un instante mantuve la cercanía de nuestros alientos. Me limité a sonreírle mientras me apartaba de ella. Me acompañó a la puerta, seria, seca. No hubo más despedida. La noche parpadeaba en los semáforos de la avenida, primero todos rojos y luego gradualmente, uno tras otro, todos verdes, y los dejé allí en su torre, encerrados con su extraña vida.

29

Héctor contempla a las nadadoras desde el fondo de la piscina. Quisiera ser invisible. *Un par de garras deslizándose por el fondo de mares silenciosos*. Se repite ese verso a menudo. Se siente así, sigiloso, abismal. Quisiera encontrar a Belén y ser invisible. Ese obsesivo pensamiento, ese rencoroso deseo aturde sus mañanas, paraliza sus tardes, atormenta sus noches. No hace nada por buscarla porque no sabe dónde ni cómo. La ve en todas partes sin hallarla en ninguna. Así que vegeta habitando con desgana su vida de siempre. No ha ido por el sex–shop en semanas, pero esta tarde decide ir a última hora para no regresar tan pronto a casa, por tristeza y costumbre. Están cerrando la tienda de al lado y le lleva un momento darse cuenta de quién es la chica que se inclina para echar el cierre del escaparate y entra dentro después, sin advertir su presencia. Retrocede unos pasos, con el corazón desbocado, y procura ocultarse al estrecho abrigo de un portal sin saber muy bien lo que hace. «¡Cierra tú, que ya voy tarde!», grita una señora que sale apresurada. La dueña del negocio. Belén trabaja allí, justo al lado, por donde él ha pasado sin verla tantas y tantas veces. Ahora comprende la mirada que le dirigió cuando se encontraron en la piscina, como si ya lo conociera. A través del cristal la ve recoger sus cosas, y sin pensar, atraído como por un imán, salva los pasos que los separan y entra en la tienda.

Ella lo mira desconcertada. La asusta la expresión de su rostro, contraído por un ahogado reproche, su mirada fija, demente, en la que brillan como ascuas la desesperación y el deseo. Teme que se abalance sobre ella. Y está a punto de hacerlo, para descargar la rabia de estas semanas de tortura; quisiera derribarla sobre la mesa,

asfixiarla o noquearla para dejarla inconsciente, tenerla en su poder, pero se contiene apretando los puños hasta que se le ponen blancos los nudillos. Mira a su alrededor el escenario incongruente poblado de maniquíes y está a punto de echarse a llorar. «No quise hacerte daño», le dice Belén, apiadada, venciendo su miedo. Se ha acercado hasta él y le pone una mano en el hombro. «No quise hacerte daño. Todo lo contrario», le repite, «no pretendía… Espera». Cierra la puerta y echa la llave. Lo conduce arriba y apaga las luces. La sala queda en sombras, iluminada tan sólo por las luces de la calle y el anuncio de neón del sex–shop, que tiñe la penumbra con colores de apagado arco iris. El pasaje está vacío, salvo por un hombre de indefinible edad que sale furtivamente ignorando que lo observan desde arriba, con una calva en la coronilla. Belén le confiesa, amparada en la oscuridad, sin que apenas puedan verse las caras, cómo los espiaba desde allí, a él y a tantos otros, en cada rato libre, sin saber si sentir envidia o pena por tan intensa obsesión, preguntándose compasiva si podría aliviarla, si, morbosa, podría compartirla. Le cuenta toda la historia desde que el azar le proporcionó una oportunidad al ponerlo en su camino. Las fotos escondidas de su padre que vio cuando niña, sus razones, su curiosidad, su hambre de algo real, no de ficciones, sentido en carne propia y no en películas o en libros. También su insatisfecha soledad, su propio extrañamiento ante el mundo que la impulsó a abordarlo como alguien accesible, próximo. «Y me gustó, ¿sabes? Me gustó de veras. Pero sólo quería eso, nada más, y nada menos. Igual que tú». Le toca la cara con la mano, ahuecando la palma para sentir su mejilla. Él no sabe qué contestar, se ha disipado su furia, que ahora le parece injusta; quisiera disculparse pero no le salen las palabras, y la abraza en un rapto de ternura, no como a una amante, sino como a una amiga, como a una hermana.

30

No me he enamorado nunca. No como dice la gente que se enamora, con pasión desmedida, con obsesivos celos, con ansia de infinitud, como si cada vez fuera para siempre. No; por más que me encaprichara de alguien, siempre quedaban en mi interior zonas libres de esa tiranía. Ese amor, anhelo de las coplas, mito sobreactuado y sentimental, hace al cabo más desdichadas que felices. Encontré más bien un amor de cada momento, simple y sin fe, un afecto sexual surgido en la epidermis, nacido entre la confianza y el misterio, la inseguridad y la audacia, el placer y el morbo. Así fue con Héctor y con los que vinieron después. Cazarlo me resultó excitante, pero para nada lo quería dentro de la jaula. Creo que, por más que lo lamentara, acabó por aceptarlo. Lo vi en dos ocasiones tras la noche en que me sorprendió en la tienda. La primera en la piscina, una larga tarde en que nadamos despreocupados; la segunda en mi casa, unos días antes de irme, cuando lo invité a tomar café. Le gustó el apartamento y lo alabó con tosca ingenuidad, aunque sin asomo de pedantería. Le interesaron mis libros y fue preguntándome por todos los autores que no conocía hasta que le dije que parara porque aquello parecía un concurso. Estaba relajado, daba la impresión de haber encontrado un nuevo acomodo consigo mismo. Su despecho se había convertido en resignación y creo que incluso le aliviaba mi marcha, pues así no me tendría tan presente. De ese modo, era la fatalidad la que nos separaba, y no mi desinterés. Hablaba sin timidez ni patetismo, con una seguridad sobria y desconocida. «Yo no podré olvidarte nunca y me masturbaré mil noches recordándote», me dijo entre otras cosas, sin pesar, con una sonrisa;

se alegraba de haberme conocido, se alegraba más de eso que de ninguna otra cosa que le hubiera ocurrido nunca. Lo celebraría el resto de su vida. Naturalmente, le dije que exageraba, que tendría otras oportunidades, pero me halagaron en extremo sus palabras. Me sentía también aliviada por no haberle causado un estropicio emocional. Conmovida por aquella incondicional y estoica entrega, librada sólo a sí misma, le miré con cierta intención, ablandada por su camelo. Cuando me dijo que le concediera un último beso de despedida, asentí, me recosté en el sofá y le ofrecí mi boca. Me besó larga y suavemente, poniendo el alma en los labios; después susurró que quería despedirse también de mis tetas. ¿Cómo decirle que no? Lo dejé hacer, más tibia que caliente, relajada. No pidió permiso para despedirse de lo demás. Me subió la falda, me bajó las bragas, sencillas, color carne. Besó mi sexo, en el que el pelo empezaba a crecer. Me lo comió rematadamente bien, inspirado por su propia gula. Cerré los ojos para abandonarme a las sensaciones que provocaba en mi organismo, y mi tibieza se fue encendiendo hasta ponerse al rojo vivo. Al poco jadeaba y me removía muerta de gusto. Le dije que parara, quería sentir su polla grande y dura dentro. Le dije que parara pero no lo hizo, su lengua era más insistente aún, sus labios más grandes, le pedí que no siguiera, le rogué que me follara, pero su despótica boca, dueña de mi placer, siguió incrementándolo. Me cosquilleaba la sangre, como si subterráneos ríos de lava se precipitaran en un cráter a punto de explotar. Le llamé en un último intento, «¡Héctor, no, no! ¡Héctor!», y con su nombre hecho un grito en los labios me corrí bestialmente, apretándole la cabeza entre los muslos como si quisiera asfixiarlo.

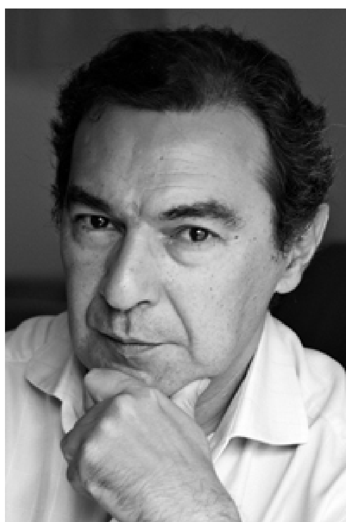
Creo que casi lo hice. Emergió con la cara roja como un tomate y una incontenible expresión de felicidad. Tenía una tremenda erección, claramente visible bajo los pantalones. Lo veía como en una neblina, aún transportada por ondas de placer. Todavía quería que me follara, pero supe que no iba a hacerlo. Me miraba triunfante. Esa era su revancha. Ya había obtenido lo que quería. Me había obligado a rogarle por su polla, permitiéndose el lujo de negármela y haciendo que me corriera contra mi voluntad. Podía haber saciado su lujuria en mi cuerpo rendido, y sin embargo se abstuvo, dominándose a sí mismo después de dominarme a mí. Me

alegré porque, ya más calmada, no me apetecía que volviera a tocarme. Él, probablemente, prefería esperar, manteniendo aquella sublime sensación de victoria hasta llegar a su casa y masturbarse. Se acercó, me dio, esta vez sí, un último y breve beso en los labios y se marchó, dejándome despatarrada en el sofá.

Dos días después, cargada con dos gruesas bolsas y una pesada maleta, me fui a París con mi padre, dispuesta a no volver. Llevaba allí dos semanas cuando me llegó una postal remitida desde la tienda, adonde había llegado a mi nombre. La enviaba Claudia desde Lisboa. Era una hermosa vista de la ciudad desde el puente. Al dorso, su letra rezaba:

«Vamos a dar la vuelta al mundo. No te he olvidado. Quiero darte la gracias, esta vez de corazón. Sigo pensando que eres una…».

Luis también firmaba más abajo, sin añadir nada. Fue la primera postal que recibí, la siguieron otras, espaciadas en los meses, desde sitios muy lejanos. De todo aquello hace ya tres años. Ellos aún siguen por ahí, en algún lugar remoto, confundidos, como Héctor, del que no he vuelto a saber, como yo misma, en la abigarrada e ingenua humanidad.



JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DEL CORRAL. escritor español que nació en 1959 en Morón de la Frontera, provincia de Sevilla, ciudad a la que se trasladó para cursar estudios de Filología Hispánica. Al poco tiempo abrió una librería, y lleva veintiún años ligado al mundo de los libros, tanto en Sevilla como en Jerez de la Frontera. Fue colaborador asiduo del suplemento cultural del *Diario de Sevilla* y codirigió la revista *Tempestas*, de la que salieron trece números, donde también colaboraba, principalmente con artículos de crítica literaria. En el año 2003 cerró la librería y ganó el XXV y último Premio La Sonrisa Vertical con su primera novela *Llámalo deseo* obra que se estructura en torno a cuatro personajes cada uno de los cuales tiene una visión diferente del erotismo. En 2005 publicó *La cólera de Atila*, novela que recrea la época terrible y fabulosa en que empezó a configurarse Europa. En 2011 obtuvo el premio Café Gijón por su novela *Blues de Trafalgar*.